



**UNIVERSIDAD DE LAS ARTES**

**Escuela de literatura**

Proyecto creativo

**Nombre del proyecto:**

**“Señorita Florero”**

**Previo a la obtención del título de:**

**Licenciada en Literatura**

Autora:

Paula Nicole Barona Pinto

**GUAYAQUIL- ECUADOR**

2022-2023



### **Declaración de autoría y cesión de derechos de publicación del trabajo de titulación**

Yo, **Paula Nicole Barona Pinto**, declaro que el desarrollo de la presente obra es de mi exclusiva autoría y que ha sido elaborada para la obtención de la Licenciatura en Literatura. Declaro además conocer que el Reglamento de Titulación de Grado de la Universidad de las Artes en su artículo 34 menciona como falta muy grave el plagio total o parcial de obras intelectuales y que su sanción se realizará acorde al Código de Ética de la Universidad de las Artes. De acuerdo al art. 114 del Código Orgánico de la Economía Social de los Conocimientos, Creatividad E Innovación\* cedo a la Universidad de las Artes los derechos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, para que la universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando su uso sea con fines académicos.

*Paula Barona*

Firma del estudiante

\*CÓDIGO ORGÁNICO DE LA ECONOMÍA SOCIAL DE LOS CONOCIMIENTOS, CREATIVIDAD E INNOVACIÓN (Registro Oficial n. 899 - Dic./2016) Artículo 114.- De los titulares de derechos de obras creadas en las instituciones de educación superior y centros educativos.- En el caso de las obras creadas en centros educativos, universidades, escuelas politécnicas, institutos superiores técnicos, tecnológicos, pedagógicos, de artes y los conservatorios superiores, e institutos públicos de investigación como resultado de su actividad académica o de investigación tales como trabajos de titulación, proyectos de investigación o innovación, artículos académicos, u otros análogos, sin perjuicio de que pueda existir relación de dependencia, la titularidad de los derechos patrimoniales corresponderá a los autores. Sin embargo, el establecimiento tendrá una licencia gratuita, intransferible y no exclusiva para el uso no comercial de la obra con fines académicos.

## **Miembros del Comité de defensa**

María Paulina Briones  
Tutor del Proyecto “Señorita Florero”

María Cecilia Velasco  
Miembro del Comité de defensa

Fernando Montenegro Sandoval  
Miembro del Comité de defensa

## **Agradecimientos**

Mi más sincero agradecimiento a la Universidad de las Artes y a mis profesores por ayudarme a profundizar mis conocimientos de literatura y técnicas a la hora de escribir. También quería agradecer a mis compañeros, en especial a Rogger Cedeño y Diana Sánchez Luna, quienes me ayudaron a revisar mi manuscrito.

## **Dedicatoria**

El presente proyecto lo dedico a mi familia, a mis amigos y a mi gata.

## Resumen

*Señorita Florero* es un proyecto de novela corta que indaga sobre las relaciones cambiantes de poder en parejas emocionales, tanto las imperceptibles como las obvias que pueden dar paso a abusos. Se centra en temas de responsabilidad afectiva, trauma, el abuso psicológico y las enfermedades como una perturbación de la psiquis de los personajes. Nos adentramos en una relación en la que las víctimas son al mismo tiempo victimarios dentro de su relación de codependencia claustrofóbica en la que se van perdiendo amigos, carreras e identidades que tiene como resultado que la pareja principal termine odiándose, pero sin contemplar una separación.

En cuanto a teoría, la novela corta es un género difuso a la hora de ser contextualizado, ya que se encuentra entre los confines del cuento y la novela, lo que hace que cada definición de esta sea una comparación. Esto la vuelve un campo fértil para la exploración con técnicas narrativas, es por eso que la he escogido. El reto será escribir una novela corta que combina la prosa y la poesía para tener un panorama más amplio del universo emocional de los personajes. Busco escribir personajes dinámicos, manteniendo la economía del lenguaje sin sacrificar la trama ni utilizar personajes de relleno.

En cuanto a las referencias que me hicieron posible a *Señorita Florero* tengo presente a *El túnel* de Ernesto Sábato, *La hora de la estrella* de Clarice Lispector, y *Querido Diego, te abraza Quiela* de Elena Poniatowska, novelas que comparten un eje temático y una extensión similar a la que quiero alcanzar.

## **Abstract**

*Señorita florero* is a short novel project that talks about changing relationships of power in romantic couples both the subtle ones and the obvious one that can end up in abuse. It touches themes of emotional responsibility, trauma, psychological abuse, and sickness as a representation of the disturbance in the character. We enter a relationship in which they are victims and perpetrators at the same time within their codependence in which careers, friends and identities are lost, ending up with the main characters hating each other but without contemplating a separation.

In theory matters, the short novel is a very diffuse genre to be contextualized because it's between the story and the novel so every concept becomes a comparison. This makes it a fertile field for experimentation of narratives techniques, that is why I have pick it. The challenge will be writing a short novel that combines prose and poetry to have a bigger picture of the emotional universe of the characters. I aspire to write dynamic characters keeping the language economy without sacrificing the world or using filler.

As for the references that made *Señorita Florero* posible for me, I have in mind *El túnel* by Ernesto Sábato, *La hora de la estrella* by Clarice Lispector, and *Querido Diego, te abraza Quiela* by Elena Poniatowska. Novels who have the same topics and the same length I want to achieve.

**Palabras claves:** Novela corta, poesía, escritura, dinámicas de poder, relaciones abusivas, catarsis, psicología.

## Introducción:

El género de la novela corta o novelita es un género que presenta problemas a la hora de crear teoría sobre este, ya que al definirlo siempre se lo va a tomar en relación a la novela estándar y el cuento. Pese a esto, tiene una larga tradición.

En francés, la palabra *Nouvelle* está relacionada con las novedades o las noticias. En sus orígenes tenía mucho que ver con las tradiciones orales o las anécdotas que eran contadas de persona en persona. Otra asociación con el término viene de lo bíblico ya que los mensajes de Jesús eran llamados “las buenas nuevas”,<sup>1</sup> historias cortas que incluían aprendizajes morales. El primer registro de lo que podemos llamar la novela corta contemporánea viene de Cervantes, con sus *Novelitas Ejemplares* (1613), textos didácticos cargados de moralejas para el público, al que Cervantes le otorga la etiqueta de novelas en el prólogo, aparte de afirmar que él es el primero en novelar en lenguaje español.<sup>2</sup>

Muchos teóricos, como el formalista Eleazar Meletinski, afirman que el problema de la novela corta aún se queda sin resolver y que solo podemos aproximarnos a él.<sup>3</sup> Esto da pie a que este trabajo confronte la novela con otros géneros narrativos de la misma índole como el relato largo, la fábula, el cuento tradicional y la anécdota para llegar a la conclusión de que la novela corta no es más que el resultado de la fusión entre la fábula y la anécdota. Le

---

<sup>1</sup> Luisa Beltrán Almería, Santiago Morales Rivera y Dolores Thion Soriano-Mollá, *Novela Corta: teoría e historia*. (Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2021)

<sup>2</sup> Miguel de Cervantes, *Novelitas Ejemplares*. (Madrid, 1613)

<sup>3</sup> Beltrán Almería, Morales Rivera y Soriano-Mollá, *Novela Corta...*



sumaría también que la novela corta oscila entre las líneas de la oralidad y la escritura. Luis Beltrán Almería explica:

La novela corta cumple ese papel crucial de reelaboración de los géneros orales para adaptarlos a una nueva cultura urbana y letrada. Si la novela como género actúa como puente entre la cultura oral y la cultura escrita, la novela corta es el puente de los puentes.<sup>4</sup>

Por su parte, Donald LoCicero<sup>5</sup> retomaría lo que Meletinski afirmaba diciendo que desde el punto de vista formalista era imposible llegar a una teoría de la novela corta, pero que eso no significaba que no exista una entidad a la que se le pueda llamar novela, que además es un género vivo y en constante transformación.

En términos de extensión, que vendría a ser el criterio más importante a la hora de separar una novela corta de la novela estándar, las líneas también son borrosas por lo que se puede observar. Por su parte el investigador en Literatura Latinoamericana Donald McGrady propone que: «Hemos de fijar la extensión mínima de la novela entre treinta mil palabras y la llamaremos novela corta a una obra de veinte mil palabras (...) La novela corta más reducida tendría entonces aproximadamente setenta páginas.»<sup>6</sup> Sin embargo, esto no es unánime ya que otras fuentes, como la revista americana de escritores *Writer 's Digest*, indican que la novela corta tiene entre 30 mil a 50 mil palabras.<sup>7</sup>

---

<sup>4</sup> Beltrán Almería, Morales Rivera y Soriano-Mollá, *Novela Corta...*

<sup>5</sup> Beltrán Almería, Morales Rivera y Soriano-Mollá, *Novela Corta...*

<sup>6</sup> Donald McGrady, *La novela histórica en Colombia 1844-1959* (Bogotá: Editorial Kelly, 1962)

<sup>7</sup> Brian A. Klems, *Novel and short story word counts* (oct-2007)  
<https://www.writersdigest.com/publishing/novel-and-short-story-word-counts>

Hay también otros estudiosos que han querido dejar otras pautas para el género de la novela corta, como Florian Fuchs, quien dice que mientras que las novelas no tienen forma definida, para la novela corta la forma es fundamental: a diferencia de las novelas, las novelas cortas no tienen subtramas, sino que se centran en un instante, un momento decisivo que puede tomar varias formas como un accidente, una revelación o llegadas de personajes a lo no familiar.<sup>8</sup>

He decidido trabajar con la novela corta puesto que es un género que me intriga y que me presenta retos, me obliga a pensar y a ser más precisa con lo que coloco en el mundo narrativo de *Señorita Florero* y enfocarme en todos aquellos elementos que la hacen una novela corta funcional que he mencionado anteriormente. La novela tiene un instante disparador como lo es la estancia en el hospital de Silvia ya que de esto depende el resto de la narración. Está conformada por veintiún capítulos divididos a lo largo de 70 páginas y dos narradores, cada uno de ellos que corresponde a los personajes principales, un narrador tradicional protagonista en primera persona y una voz más poética que sirve como catarsis en momentos clave y pertinentes en los que hay un cambio de la relación de poder. Es un universo limitado y minimalista en el que se puede ahondar aún más en la relación de la pareja y sus sentimientos encontrados.

## **Objetivos:**

### **1. Objetivo general:**

---

8 (Florian Fuch, "Novela" *New Literary History*, no. 3 (2019)

<https://search.proquest.com/scholarly-journals/novella/docview/2314591925/se-2?accountid=176816>.

- Crear una novela corta que tenga como tema principal las dinámicas de poder en relaciones, en especial en los roles de víctima y victimario.

## **2. Objetivos específicos:**

- Experimentar con diferentes tipos de narradores, discursos y tipografías para crear la novela.
- Componer personas que sean dinámicas y verosímiles.
- Redactar con brevedad, siendo concisa sin descuidar aspectos de la caracterización de los personajes o la creación del mundo.
- Utilizar la poesía como un nuevo narrador para exaltar momentos precisos en la narración.

## **1. Antecedentes**

El tema de las relaciones abusivas es recurrente en la ficción. Es muy normal que las personas caigan en comportamientos violentos tanto agresores como agredidos sin caer en cuenta de ellos ya que se tiene la falsa noción de que la violencia solo puede ser física, cuando en muchas ocasiones es el iceberg de una serie de comportamientos de control o manipulación. Como dice Macarena Blázquez en un boletín de psicología acerca del maltrato en parejas:

Las evidencias sostienen que ejercer control sobre el otro/a es una cuestión que trasciende la agresión, identificando el incremento progresivo de patrones de interacción coactiva en la pareja como variables anticipadoras de conductas de violencia física en la pareja (...) los comportamientos de ejercer intentos de control y aislamiento, agresividad

verbal, no reconocimiento de los propios errores y conductas de humillación y desprecio como preludeo de daño físico.<sup>9</sup>

La violencia es un tema que me inquieta ya que crecí alrededor de este tipo de relaciones. La premisa de *Señorita Florero* se me hace muy personal ya que es una especie de catarsis. Había reflexionado en la necesidad de amor y conexión que muchas personas tienen y que generan vínculos no saludables y quedé con la idea de una mujer que usaba sus enfermedades como chantaje emocional para atar a su pareja y un hombre que no tiene responsabilidad afectiva y la ve como una carga, pero sigue allí por los beneficios de la relación.

En esta novela, aunque a veces se recurre a la violencia física, me enfoco en la violencia emocional y todo lo que conlleva, el daño que le hace a la salud mental y física y cómo suelen borrarse las líneas entre víctima y victimario mientras más tiempo se mantiene los integrantes de la relación en ese círculo.

La novela tendrá entonces que narrar la violencia y problematizarla. Una tarea ardua que le corresponde a la ficción, ya que como Foucault solía decir, a pesar de que la literatura es ficción y artificio también tiene que ver con la verdad y sus defectos. La ficción forma parte del mundo de la misma manera que lo hace la violencia. Por otra parte, Walter Benjamín cuando reflexionaba sobre la violencia decía que en ella no existía la igualdad sino una pelea de poderes.<sup>10</sup>

Narrar la violencia es entonces una línea delicada entre el morbo como explicaba la autora Edurne Portelo, autora de *Formas de estar lejos* (2019), novela en la cual se habla

---

9 Macarena Blázquez, Juan Manuel Moreno y María Elena García Baamonde “MALTRATO PSICOLÓGICO EN LAS RELACIONES DE PAREJA: La Inteligencia Emocional Como Factor Protector Y Diferencias De Género”. *Boletín De Psicología De La Universidad De Extremadura*, no. 113. (2015)

10 Teresa Basile, *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente*. (La plata: Universidad de la Plata, 2015)

sobre el tema, ya que hay cierta violencia que entendemos como normal y necesaria en un contexto romántico para justificar celos o el control de la pareja, como la nefasta creencia de que si un hombre no se pone violento de vez en cuando, entonces no siente pasión por ti.<sup>11</sup>

La violencia hacia los personajes femeninos por parte de una sociedad patriarcal es una constante en la literatura hispanoamericana de los siglos XIX y XX ya que se piensa que la mujer es débil y debe ser cuidada por el hombre a quien se le ha atribuido el rol del protector o quién cuida de esta. Sin embargo, esta representación va cambiando con el pasar de los años, con el movimiento feminista y la resistencia ante estereotipos de género.

Para entender mejor este cambio y estos matices he escogido tres novelas cortas en las que una relación abusiva tiene un papel importante y comparten el mismo formato que mi trabajo.

### **1.1 El túnel, de Ernesto Sábato**

*El túnel* es una novela corta y psicológica de Ernesto Sábato que fue publicada en 1948. La novela gira en torno al pintor Juan Pablo Castel y su relación con María Iribarne que termina en un asesinato. Castel es presentado como una persona cínica y obsesiva que está desesperado por conectar con el mundo exterior, pero siempre hay un muro entre él y las demás personas. Compara su existencia con estar atrapado en un túnel y considera que el único momento en que estuvo fuera de él, fue cuando conoció a María, a quien la describe como la única persona que en verdad lo entendía y por eso tuvo que matarla.

Castel conoce a María en una exposición de sus pinturas, en la que ella se detiene en una pintura que no estaba recibiendo mucha atención, pero que le resultaba demasiado personal al artista. La observa a la distancia sin hablarle, pero esa breve interacción es

---

<sup>11</sup>"Eduarne Portela aboga por escribir sobre violencia sin regodearse en el morbo: BOLIVIA LITERATURA (Entrevista)." 2019.*EFE News Service*, Aug 11. <https://www.proquest.com/wire-feeds/edurne-port>

suficiente para obsesionarse con ella y ponerla como una motivación para vivir y para pintar.

O como explica Ana María del Gesso en su lectura de la obra:

El cuerpo bello y joven de María es el objeto del deseo de Castel, es lo que buscaba y encuentra, lo que ama y lo que le da, por tanto, vida, pero ese cuerpo es atravesado, dañado, cruelmente negándole la existencia. La piel de ese cuerpo amado es la mediadora entre el mundo exterior agobiante y su mundo interior, sus estados de ánimo, es la frontera que todo lo percibe.<sup>12</sup>

Uno de los elementos que va a marcar la relación entre Castel y María es la idealización. Castel la ve como su salvadora ya que el simple gesto de observar el cuadro le hace llegar a la conclusión de que ella sufría el mismo aislamiento y dolor que él, por lo que la solución lógica es que estén juntos. Esto llevaría a perseguirla en la ciudad directo hasta su trabajo para hacerle preguntas sobre su obra.

La mayoría de diálogos entre este par de personajes muestra una clara dinámica en la que Castel llena de exigencias y preguntas a María, hasta el punto de abrumarla, pese a que ella se siente atraída por él: «—Sí, pero yo le he dicho que no he dejado de pensar en usted. (...) Usted no me dice que haya pensado en mí. (...) —Le digo que he pensado en *todo*. (...) Es que todo es tan extraño, ha sido tan extraño... estoy perturbada... Claro que pensé en usted.»<sup>13</sup>

La relación da un giro cuando Castel se da cuenta de que María no puede satisfacer sus demandas y es una persona con vida propia y secretos. A raíz de que María empieza a esquivar las llamadas de Castel, la criada de ella le informa que se ha ido de viaje y que le ha dejado una carta. Cuando este va a recogerla descubre con horror que María está casada con

---

<sup>12</sup> Ana María del Gesso, *El yo y el otro: el túnel de Ernesto Sábato* (Puebla, s.f)

<sup>13</sup> Ernesto Sábato, *El Túnel* (Buenos Aires: Editorial Sur, 1948)

un hombre ciego llamado Allende. Aquello genera una ruptura en la imagen ejemplar de ella, como asignándole a María una personalidad doble que él no sabe conciliar. La idealiza y, al primer detalle que no le gusta de ella, la devalúa y la vuelve la villana sin reconocerla como un ser humano capaz del bien y el mal. Es esta devaluación que le empieza a generar ideas paranoicas, ya que, si de por sí, ya está engañando a un hombre ciego, es capaz de engañarlo también. Castel explica:

No podía evitar la idea de que María representaba la más sutil y atroz de las comedias y de que yo era, entre sus manos, como un ingenuo chiquillo al que engaña con cuentos fáciles para que coma o duerma. (...) Otros días, mi reacción era positiva y brutal: me echaba sobre ella, le agarraba los brazos como con tenazas, se los retorció y le clavaba la mirada en sus ojos, tratando de forzarle garantías de amor, de *verdadero* amor.<sup>14</sup>

Pero el protagonista no ve a María como una persona, hay fragmentos en la novela en la que se puede ver lo poco que la conoce o lo frecuentes que son sus fallas a la hora de comunicarse. Por ejemplo, cuando ella regresa de la hacienda y él le pregunta si la quiere, María parece sonreírle, excepto que no se trata de una sonrisa sino de él malinterpretando la situación.

Pese a sus sentimientos contradictorios, Castel no puede imaginarse una vida sin María. Incluso cuando la abandona, lo hace con la secreta esperanza de que ella regrese por él y en el momento en que ella no responde como él considera, este recurre a actividades autodestructivas y violentas con los demás, como ir de bar en bar emborrachándose y abusando a mujeres a las que le encuentra semejanza a María, mujeres a las que llama putas o prostitutas porque simulan placer al igual que María lo hace con su esposo.

---

<sup>14</sup> Sábato, *El Tímel*

Podemos ver graves intentos de manipulación en el momento en que el protagonista le suplica a María por teléfono que vuelva, caso contrario se suicidaría. Mas, sabemos que nunca se atrevería a hacer, sino porque le gusta el poder que ejerce sobre ella.

Como ella no cumple con sus exigencias, Castel cree que le quedan dos opciones: o se mata él o la mata a ella. Finalmente, escoge la última y la apuñala repetidas veces después de descubrir, por medio de acecharla, que pasó la noche junto a su primo. Castel considera que tiene derecho al cuerpo de María, a aquello sobrehumano que decidió que representaba como la compresión, el amor y la verdad y cuando se dio cuenta de que ella no le servía o no era suficiente, decidió deshacerse de ella y deshacerse de su única conexión en un mundo que le resulta decepcionante y doloroso. María, por su parte, no ayuda mucho a sus delirios, afirmando que piensa en él todo el tiempo y dando a entender en varias situaciones que se encuentra interesada en él.

### **1.2 *La hora de la estrella*, de Clarice Lispector**

La hora de la estrella es una novela de Clarice Lispector que fue publicada en 1977. Como otras obras de Lispector, esta es una novela íntima y psicológica de carácter modernista por el uso del flujo de consciencia y la presencia de juegos metalingüísticos ya que es narrada por un viejo escritor que espera la muerte a la vez que reflexiona sobre su trabajo como autor y todo lo que implica el acto de creación en una esfera filosófica.

El interés del narrador es una mujer llamada Macabea que es descrita como burda y sin atributos, que escapa a los estereotipos de la mujer brasileña. Una mujer irrelevante con una vida irrelevante. Macabea fue criada por su tía, alguien dura y austera que solía golpearla como método de disciplina, además de decirle cosas como que los doctores o algunos tipos de comida eran lujos para gente rica y que ella no debía pedir demasiado por su condición



social. También fue la culpable de originarle un gran miedo e ignorancia con respecto a la sexualidad por considerarla pecaminosa:

La tía dándole coscorriones sobre la cabeza porque la mollera de una cabeza debía ser, imaginaba la tía, un punto vital. (...) Le golpeaba, pero no era solamente porque al golpear gozaba de un gran placer sensual (...) es que también consideraba su deber evitar que la niña llegase a ser un día una de esas que se paseaban por las calles de Maceió con el cigarrillo encendido y esperando a un hombre.<sup>15</sup>

La tía de Macabea es una figura central en la novela ya que es el fundamento de su autoestima o la falta de este, y su manera de percibir el mundo. Es aquella que trunca cualquier exploración que ella pueda hacer sobre su identidad o sobre el exterior, hasta el punto de no tener ningún pensamiento individualista sobre sí misma.

Macabea crece para convertirse en una mujer de escasos recursos económicos, olvidada por la sociedad y una persona bastante ingenua e ignorante que despierta la compasión de quienes se topa, como es el caso de su jefe que la sigue empleando porque le tiene simpatía.

Aunque no es el enfoque central de la novela, la relación entre Macabea y Olímpico es de sumo interés, ya que demuestra las consecuencias de la manera en la que Macabea fue criada, además de la poca consciencia que tiene de sí misma en relaciones. Olímpico es un metalúrgico que la considera fea, que le dice que su nombre suena a una enfermedad y que la describe como un pelo en su sopa que no dan ganas de comer, sale con ella por un tiempo antes de dejarla por su compañera de trabajo, Gloria. Olímpico la considera por mucho tiempo como una pareja porque sabe que Macabea, al ser tan simple y tan poco interesante no

---

<sup>15</sup> Clarice Lispector, *La hora de la estrella* (Madrid: Siruela, 2000)

sería querida por nadie más, por lo cual la considera una opción segura y que no tomaba mucho esfuerzo para hacer feliz.

Macabea y Olímpico son personajes que se complementan, ya que el desdén que siente Olímpico hacia Macabea es el desdén hacia sus propios orígenes, al ser un huérfano de un bajo sector de la sociedad, obligado a emigrar hacia la ciudad para mejorar su situación económica. Mientras Macabea no reacciona a toda la injusticia en la que ha nacido, Olímpico, con cierta arrogancia, hace todo lo posible para renegar de su estrato social y afirma que en algún momento será diputado. Macabea no tiene ninguna pretensión en la vida mientras que Olímpico está plagado de estas.

Macabea, a diferencia de Olímpico, era fruto de la cruce de “qué” con “qué”. En verdad, ella parecía haber nacido de una idea vaga cualquiera de padres hambrientos. Olímpico por lo menos robaba siempre que podía, aún al sereno de las obras donde dormía. Haber matado y robar hacían que él no fuese un cualquiera, le daban categoría, hacían de él un hombre de honra limpia. (...) Su única bondad con Macabea fue decirle que le conseguiría un empleo en la metalúrgica cuando fuese despedida de su trabajo.<sup>16</sup>

El narrador describe su relación como algo trivial, un accidente sin mucha importancia como todo en lo que está envuelta Macabea, cuando Olímpico le pide que hable acerca de ella, Macabea dice: «Discúlpame, pero no creo que yo sea tan persona.»<sup>17</sup> Él encuentra esa trivialidad de Macabea degradante, detesta sus conversaciones, detesta su cuerpo y su cara, e incluso llega a decírselo en repetidas ocasiones. También detesta cuando Macabea sin querer le hiere el ego, como repitiendo palabras que no conoce o cuando se

---

<sup>16</sup> Lispector, *La hora de la estrella*

<sup>17</sup> Lispector, *La hora de la estrella*

burló de su nombre. No deja pasar ningún momento para insultarla de algún modo mientras ella responde con indiferencia.

A diferencia de la macilenta Macabea, Olímpico encuentra en Gloria la promesa de un ascenso social. Hija de un carnicero y de la región fértil del sur del país, le parece una mejor opción ya que, a diferencia de Macabea raquíta y enferma, ella sí le podía dar hijos.

Olímpico acaba con las ilusiones débiles que Macabea tiene de matrimonio al decirle que había conocido a otra mujer. Esto nos deja ver, por primera vez, un rastro de individualidad en ella: decide comprarse un labial rojo como los que Marilyn Monroe utilizaba solo para que al final Gloria le preguntase si ser fea dolía.

La relación de Macabea y Olímpico es la relación que tienen todos los espejos, como Olímpico se ve en ella, en lo que podía convertirse si en algún momento dejara de pelear contra la jerarquía social que siempre le había mantenido en desventaja, entonces, a futuro, él sería Macabea. Aun así, con esta relación, él disfruta de esa sensación de no ser la persona peor posicionada en el salón y ese pequeño poder que le es otorgado es lo que le hace ser cruel con Macabea, ya que con su maltrato le está devolviendo el maltrato que la sociedad le ha dado por mucho tiempo. Macabea, al final, aporta a la vida de Olímpico la oportunidad de sentirse superior y bien consigo mismo sin importar sus orígenes, pero al mismo tiempo, ve reflejado lo peor de sí mismo.

### **1.3 *Querido Diego, te abraza Quiela* por Elena Poniatowska**

*Querido Diego, te abraza Quiela* es una novela epistolar publicada en 1978 y es el conjunto de correspondencia ficcional que la artista rusa Angelina Beloff le enviaba a Diego Rivera cuando este viajaba a México, su tierra natal, para visitar a su padre enfermo. Como

tienen escasos recursos, él es el único que viaja dejando a Angelina atrás, en su pequeño apartamento.

Aunque la correspondencia empieza con optimismo y la esperanza de un pronto reencuentro, con el pasar del tiempo, Quiela, como le solía llamar Diego a Angelina, se da cuenta de que él no está recibiendo sus cartas o que sí las está recibiendo, pero no las contesta. La ha abandonado, pasando penurias y hambre. Sin embargo, ella se aferra a su recuerdo y la ausencia de su esposo le llega a resultar dolorosa hasta a nivel físico, ya que siente que le falta algo a su cuerpo:

Hoy como nunca te extraño y te deseo Diego, tu gran corpachón llenaba todo el estudio. No quise descolgar tu blusón del clavo de la entrada (...) No he podido doblarlo ni quitarle el polvo por miedo a que no recupere su forma inicial y me quedé yo con un hilacho entre las manos. Entonces sí, me sentaría a llorar.<sup>18</sup>

Quiela se ha vuelto dependiente del fantasma de su esposo, particularmente porque está atravesando un periodo de duelo ya que el hijo de ambos falleció. Le confiere a Diego todo su valor y afirma existir en la medida en la que este la quiera. Existe para él y para los demás, más no para sí misma. Sin embargo, a través de todo este dolor, Diego se muestra como una figura ausente e indiferente.

Sé que tú no piensas ya en Dieguito; cortaste sanamente, la rama reverdece, tu mundo es otro, y mi mundo es el de mi hijo (...) Pero ahora él está muerto y yo no le hago falta a nadie. Tú me has olvidado allá en tu México que tanto deseé conocer, nos separa el Atlántico, aquí el cielo es gris y allá en tu país siempre azul.<sup>19</sup>

---

<sup>18</sup> Elena Poniatwoska, *Querido Diego, te abraza Quiela* (Madrid: Impedimenta, 2014)

<sup>19</sup> Poniatwoska, *Querido Diego, te abraza Quiela*

Nunca sabemos de Diego ni lo que piensa, es un personaje al que lo conocemos a través de la omisión y la carencia. Sabemos lo que Quiela no sabe, que este jamás va a regresar y que probablemente de estar recibiendo las cartas, no se está molestando ni siquiera en leerlas.

Esta es una novela que trata de la pérdida y del olvido, pero Quiela tiene un arma para lidiar con todo esto que es la expresión creativa. Pese a que ella muchas veces duda de la validez y la calidad de su arte. La autoestima y la percepción de Quiela queda minada, ya que su vida se mantiene en un estado de pausa hasta la llegada de su esposo que nunca sucede. Diego la ha abandonado y lo que más duele es el silencio. Ahora le toca a ella conocerse por su cuenta y en su soledad.

Angelina a través del arte, la pintura y la escritura logra retratar los altibajos del abandono de Diego, e incluso llega a describir su ejercicio como pintora como si se tratara de una posesión o un estado febril en donde su cuerpo, previamente achicado por la ausencia, llega a hincharse hasta sentir que ocupa todo el departamento.

## **2.      Señorita Florero**

### **2.1. Sinopsis**

*Señorita Florero* es una novela corta que trata sobre la relación de Silvia y Tadeo, amigos que empiezan una relación sentimental. El punto de quiebre de ellos es la constante lucha entre la libertad y el compromiso. Tadeo no quiere a Silvia y la considera un error, pero se siente demasiado atado como para decírselo; por otro lado, Silvia no sabe interpretar las señales de Tadeo, por lo que lo acosa y manipula para que sienta lástima por ella.

Silvia termina en el hospital gracias a una enfermedad congénita que desconocía justo cuando Tadeo decide romper con ella. Este hecho se volvería el centro de la historia, el

ancla que utilizará la familia de Silvia para que Tadeo deje su independencia a un lado, sus amigos, sus estudios en Medicina e, incluso, su madre; todo sea por el bienestar de Silvia quien tiene los días contados. Sin embargo, los años pasan y la sentencia de muerte de Silvia se esfuma.

El resultado serán personajes moralmente grises, villanos, una pareja que se resiente y que saca lo peor de ellos, en los que el rol de víctima y de victimario están cambiando de manera constante: desde la apatía, el rencor, el abuso emocional hasta la violencia física.

## **2.2 Estructura**

El producto final será una novela corta con un mínimo de sesenta páginas. Tendrá una estructura en su mayoría lineal, con inicio, nudo y un desenlace abierto. Se trabajará con dos narradores, uno protagonista en primera persona que corresponde a Tadeo y otro poético que irrumpe en determinados puntos de la narrativa para explicar un estado emocional intenso que corresponde a Silvia. La única aproximación que tenemos al punto de vista de Silvia es por medio de poemas. Mi intención con esto es que, si bien alcancemos a vislumbrar un poco de sus sentimientos, ella se mantenga como un personaje distante a la audiencia. La novela será narrada en tiempo presente.

Fuera de los personajes que conforman la tormentosa pareja, hay cinco personajes secundarios que incluyen los familiares de Silvia y Tadeo y un par de amigos de la facultad que chocarán con la dinámica de la pareja. Todos estos personajes crearán un tipo conflicto, cuya resolución terminará por crear más grietas entre ellos.

En cuanto a espacios, están presentes dos en particular: el mar y la casa. El mar, o el agua en general, es un motivo que se repite a lo largo de la novela para representar cosas

como la transformación, la seguridad o la muerte de vínculos y relaciones. Por su parte, la casa suele ser un espacio cerrado, claustrofóbico y con la sensación de que, pese a que el lugar está casi vacío, las pocas presencias que están lo vuelven inhabitable.

### **2.3 Metodología**

Para el proceso creativo de la novela trabajé por unos seis meses en el manuscrito. Para enriquecer mi trabajo visité novelas cortas no solo de los autores que cité como inspiración sino otros más creando una especie de bitácora personal con las lecturas. Las leí con ojo crítico analizando cada estrategia narrativa que consideré pertinente para mi labor creativa. Además investigué sobre la psicología de las relaciones de abuso y poder para tener un retrato más fidedigno a la hora de representar a los personajes.

El borrador de la novela fue socializado con compañeros y mi tutora en varias facetas de progreso, editando y se realizó cambios tomando en cuenta las críticas para pulirlo hasta que sea un trabajo final que cumpla todos los objetivos anteriormente planteados.

### **2.4 Hipótesis**

En *Señorita Florero* busco explorar los matices en las relaciones abusivas y cómo se genera el ciclo de violencia en donde los papeles de víctima y victimario se vuelven intercambiables. También el amplio rango de niveles de violencia a los que se puede llegar, pasando de los más sutiles a los más graves y como qué impulsa a las personas a llegar allí, si bien una falta de responsabilidad afectiva, co-dependencia, la exposición a un ambiente violento por prolongados periodos o un gran vacío emocional que desemboca en una necesidad de afecto y compañía.

## 2.5 Justificación

Me he planteado la construcción de una novela corta. Encuentro la idea de un proyecto artístico pertinente para mí como estudiante del itinerario de Escritura Creativa de la Escuela de Literatura de la Universidad de las Artes y, después de mucha deliberación, he decidido escoger la novela corta porque es un género que he cultivado por bastante tiempo. Me apasiona y me interesa profundamente. Estoy familiarizada con los compromisos y las exigencias de la novela y considero que la formación que he recibido, ya sea en teoría o en talleres, puede darme las herramientas para desarrollar esta tarea artística de una manera formidable.

Como había mencionado antes, tenemos dos voces que están localizadas en distintos tiempos, dos narradores intercalados en narración ulterior, dos narradores homodiegéticos según las definiciones de Genette (narradores presentes como personajes de la novela)<sup>20</sup> por su parte Tadeo con su estilo más apegado a la prosa y al mundo verosímil sería un narrador extradiegético-homodiegético y Silvia una narradora intradiegética-homodiegética ya que cuenta su historia, pero no del todo sino en un segundo grado ya que solo está presente en fragmentos de poesía. Tadeo cumpliría con la función narrativa y testimonial del narrador mientras Silvia es una voz poética en primera persona, íntima y exuberante.

En cuanto a estructura, es más similar a las funciones de Propp, ya que Tadeo va de vacaciones con su pareja (1. Alejamiento) quien tiene un problema en el corazón por lo que tiene que ser internada y a raíz de eso, el doctor le pide que no le dé disgustos (2. Prohibición) porque aquello podría costarles la vida. A Tadeo no le importa mucho esto hasta que Silvia vuelve a recaer (3. Transgresión) por lo que su padre en un intento de mantener a su hija con salud y feliz, obliga a Tadeo a casarse por una recompensa económica. Al casarse

---

<sup>20</sup> Gérard Genette, *Nuevo discurso del relato* (Madrid: Cátedra, 1998)



la enfermedad de Silvia parece menguar, mientras Tadeo le es infiel, la trata con crueldad y abusa físicamente de ella (4. Interrogación, 5. Información, 6. Engaño, 7, Complicidad). Finalmente, Tadeo descubre que Silvia ha fingido estar enferma todo ese tiempo para que se quede con ella (9. Mediación).<sup>21</sup>

En cuanto al nivel psicológico quería representar todo ese abanico de comportamientos que a simple vista no se ven como abusivos pero lo son, tales como la desvalorización, la hostilidad, la indiferencia, la intimidación, la imposición de conductas, culpabilización y bondad aparente ya que según varias investigaciones, las personas sujetas a estos tratos sufren un grave deterioro en su salud mental tanto como aquellos víctimas de violencia física. Estas actitudes pueden ser divididas en oposiciones: «en la que el agresor rebate o contradice las razones, pensamientos, percepciones y hasta las experiencias de vida de la víctima»<sup>22</sup>, acusaciones: «donde el agresor vierte en su pareja sus propios ataques de furia, irritación o inseguridad con ánimo de culpabilizarla» y órdenes: «a través de las que el agresor impone sus exigencias, en lugar de plantear razonadamente sus demandas» Todas presentes en mayor o menor grado en la novela.

## **Conclusión**

Los resultados esperados son una novela que explora los matices entre las relaciones víctima-victimario en parejas. Deseo crear personajes que puedan ser personas reales y que puedan desenvolverse en una narrativa que abra espacios a no solo a distintos tipos de escritura, sino a diferentes ritmos y diferentes juegos del lenguaje para describir estados de turbación.

---

21 Vladimir Propp, *Morfología del cuento* (Madrid:Akal, 2011)

22 Blázquez, Moreno, García-Baamonde. Maltrato psicológico en las relaciones de pareja...

Busco también, por medio de esto realizar descubrimientos sobre mí misma como autora, además de embargarme en nuestras búsquedas estéticas y nuevos métodos de creación que me generen un reto para todos los próximos proyectos de esta naturaleza que empiece.

Finalmente, buscó también demostrar que soy capaz de escribir una novela con todos los conocimientos que la Universidad de las Artes me ha impartido y que sea mi legado, ya que he vivido constantemente motivada por todos los talleres que he tenido. Si este proyecto tiene éxito espero entonces contar con un público más amplio y que sea algo que vaya más allá de la Universidad, a mi vida personal como autora.

Como desventajas podría mencionar el poco tiempo que tuve para la resolución del manuscrito de la novela ya que la edición es un trabajo arduo que toma meses sin contar con la investigación y la teoría.

### **Bibliografía:**

Basile, Teresa. *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente*. La Plata:

Universidad de la plata, 2015.

Beltrán Almería, Luisa, Santiago Morales Rivera y Dolores Thion Soriano-Mollá, *Novela corta: teoría e historia*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2021.

Blázquez, Macarena, Juan Manuel Moreno y María Elena García Baamonde “Maltrato psicológico en las relaciones de pareja: la inteligencia emocional como factor protector y las diferencias de género” *Boletín de psicología de la Universidad de Extremadura*, no. 113. 2015.

Colorado, Paula, Andrea Marín. “La novela colombiana ante la historia y la crítica literarias

(1934-1975)” *Estudios de literatura colombiana*. no.36. (2015)

<https://search.proquest.com/scholarly-journals/la-novela-colombiana-ante-historia-y-critica/docview/1649640856/se-2?accountid=176816>.

De Cervantes, Miguel. *Novelitas Ejemplares*. (Madrid. 1613)

De la Concha, Ángeles. *El sustrato cultural de la violencia de género: literatura, cine, arte y videojuegos*. (Madrid: Síntesis. 2010)

“Eduarne Portela aboga por escribir sobre la violencia sin regodearse en el morbo: bolivia

literatura (Entrevista)” *Efe News Service*.

2019. <https://www.proquest.com/wire-feeds/edurne-portela-aboga-por-escribir-sobre-violencia/docview/2271035700/se-2?accountid=176816>.

Del Gesso Cabrera, Ana María. *El yo y el otro: el túnel de Ernesto Sábato*. (Puebla, s.f)

Fuchs, Florian “Novela” *New Literary history*. no.3 (2019)

<https://search.proquest.com/scholarly-journals/novella/docview/2314591925/se-2?accountid=176816>.

Gennette, Gérard *Nuevo discurso del relato*. (Madrid: Cátedra, 1998)

Lispector, Clarice. *La hora de la estrella*. (Madrid: Siruela, 2000)

McGrady, Donald. *La novela histórica en Colombia 1844-1959*. (Bogotá: Editorial Kelly, 1962)

Poniatowska, Elena. *Querido Diego, te abraza Quiela*. (Madrid: Impedimenta. 2014)

Propp, Vladimir. *Morfología del cuento*. (Madrid:Akal. 2011)

Sábato, Ernesto. *El túnel*. (Editorial Sur, 1948)

Sevillano, Ana Bélen. “Violencia de género en la narrativa cubana contemporánea: deseo

femenino y masculinidad hegemónica” *Hispanic Review* no2. 2014.

<https://www.proquest.com/scholarly-journals/violencia-de-género-en-la-narrativa-cubana/docview/1525457998/se-2?accountid=176816>

Vallas Calatrava, José y Francisco Álamo Felices. *Diccionario de la teoría de la narrativa*.

(Granada. 1994)

Ventura, Daniel. “Hacia la teoría definitiva de la novela corta: un género que antaño llamaban cuento” *Transitions*. 2021.

## Índice

Resumen y abstract.....	2
Introducción.....	4
Objetivos.....	6
Antecedentes.....	7
El túnel de Ernesto Sábato.....	9
La hora de la estrella de Clarice Lispector.....	12
Querido Diego, te abraza Quiela por Elena Poniatwoska.....	17
Señorita Florero.....	17
Sinopsis.....	17
Estructura.....	18
Metodología.....	18
Hipótesis.....	18
Justificación.....	19
Conclusión.....	21
Bibliografía.....	22

**Señorita Florero,**

Por Paula Barona

*“We can’t lose touch but we can’t let go  
Blue and white gun made of LEGO  
all the vowels vow to hold your name,  
keep your state clean of me”*

*-alt-j, MS*

*“I am drowning,  
There’s no sign of land,  
you’re coming down with me,  
Hand in unlovable hand  
and I hope you die,  
I hope we both die”*

*-The mountain goats, No children*

**1.**

El mar se ha vuelto una sensación agria que corta mi cuello a la mitad a la espera de hundirme.

## 2.

### **Retazos de mi vida con Silvia,**

### **O mi temporada en el infierno.**

No había más remedio que quedarse con ella. Fusionados por la costilla como gemelos siameses hasta que su pulso se combinara con el mío, en las peores de las percusiones, por encima de miles de violines, pianos y trompetas que se esforzaban por ocultar la cacofonía.

Si no te veía, sufría como un niño que había perdido a su mamá en el supermercado. Pero, qué no la hacía llorar: cuando no le respondías a un mensaje, lloraba; cuando te veía hablando con otra, lloraba; cuando la presentaba como *Silvia* y no como mi pareja, lloraba; cuando les escribía a mis amigas un mensaje de feliz cumpleaños, lloraba.

Silvia era pegajosa, como el lodo que se te pega a los zapatos después de la lluvia. Mística, como quienes se comunican con gestos y señas en lugar de palabras. Titánica, como los monstruos de las enciclopedias. Fragmentada, como los agujeros en el papel ante la mínima humedad.

Luego estaban las preguntas: *Si tienes piernas, ¿por qué no caminas junto a mí?; Si tienes ojos, ¿por qué miras a otras personas?; Si tienes manos, ¿por qué tocas a los demás?* Porque son mis piernas, porque son mis ojos, porque son mis manos. Para ella, la idea de que éramos amores separados se le hacía cruel, el cercenamiento de una extremidad saludable y el fantasma que quedaba colgado del muñón. *Es que cuando amas algo, quieres absorberlo.* Repetía. Entonces nunca he amado, nunca he querido absorber ni que me absorban.

Silvia y yo y una canoa y un remo. Sin romper el contacto visual adivino cuál será el siguiente movimiento que hará, para remar a su dirección y no ahogarnos. Yo, con un terrible dolor de cabeza



y los músculos reventados del ejercicio no sé cómo decirle que hace tiempo la costa desapareció de nuestra vista. Que solo hay mar, y en el agua salada no podemos vivir.

Con los años, ya no me importaba consolar a nadie. Ya no quería responder. Mis dedos se desprendían del remo jugueteando con la amenaza de que se lo lleve alguna corriente. La quería, supongo. No lo suficiente para seguir remando, pero la quería.

### 3.

#### **El primer encuentro, o por qué no debemos hablar con extraños en fiestas.**

Soy una buena persona. Solía estudiar Medicina. Me había comido esa ficción de que los doctores son los superhéroes de la vida real, los que salvan a las personas sin importar el estado en que sus cuerpos llegan a urgencias. Decidí que cuando fuera tiempo, me especializaría en Medicina Interna porque todo lo acompañaba. Quería convertirme en ese doctor que era indispensable en el hospital y que, cuando el resto no supiera qué hacer, me pidieran soluciones.

Soy una buena persona. El hijo bueno de una mala pareja. Paciente, cuidadoso, detallista, compasivo. El pilar derecho del hogar. Sociable, activo. Solo le contestaba a mi madre cuando estaba seguro de que tenía razón, lo cual pasaba la mayoría del tiempo. Ella, al no soportar ser corregida, se quedaba con las mejillas rojas de la furia. Hubo varias veces en las que quise insultar a mi padre, en especial después de que fuera infiel y se marchara de la casa. Mi madre con sus maletas ya armadas en la entrada principal, con los ojos desbordándose de ira y el cabello revuelto, aún con el pijama puesta. Parecía una Furia dispuesta a seguir a mi padre al infierno para que expie sus pecados. Yo tenía diez años. Había pasado esos diez años conviviendo con mi padre, el sol de mi sistema solar improvisado. Pasamos de juegos de fútbol en el garaje los domingos por la mañana, películas de Pixar los sábados y conversaciones alegres sobre mis notas las tardes después del colegio a no hablar por unos dos años. Silencio total que me daba a entender que, de hecho, sí es posible que los padres se aburran de los hijos. O peor aún, que los hijos prefieran no hablar con sus padres.

Restablecimos la comunicación de manera gradual, una llamada aquí y allá durante días festivos. Nunca como antes. En muchas ocasiones me forzaba a mí mismo a llamarlo. *¿Cómo estás? Ah, bien.*

*Yo también.* Diez minutos incómodos de preguntas circulares en las que, si no hablábamos de fútbol, él se excusaba:

*“Tienes que entender, Tadeo. Crees que lo entiendes, pero no lo haces. No sabes mucho del tema sin importar cuantas novias has tenido. El matrimonio es una cosa complicada. Las relaciones son desgastantes. La gente se aburre, se queda sin temas de conversación. Olvidan como decirse cosas simples”*

Yo jugaba con la cuerda del teléfono. ¿De qué otra manera se reacciona al ruido hueco?

Nunca tuvimos las conversaciones que necesitábamos. O al menos nunca tuve ganas de empezarlas.

Quería saber lo que le había atraído a esa mujer.

Ya no tenía punto preguntarle eso, las tumbas no responden.

Soy un buen novio y eso que tuve un número considerable de amantes. No recuerdo cuántas con exactitud. Más de diez, menos de quince. Una fila atestada de ojos lindos, cabellos lacios, buenos pechos, piernas pequeñas, dientes torcidos. Nunca engañé a nadie; a mí por otro lado me engañaron un par de veces. Siempre les enviaba mensajes de buenos días y regalos en fechas puntuales. Cuando me cansaba de ellas, esperaba minuciosamente hasta que empezaran a aburrirse, lo suficiente para que me cortaran. A veces incluso llegaba a lamentarme sus partidas.

Soy tan buena persona que hablé con la chica rara de esa fiesta. Esa que nadie sabía cómo había llegado allí. La que estaba empeñada en beber desde las ocho de la noche y para las diez, ya estaba interrumpiendo a los invitados, cubierta de lágrimas para contarles sus historias acerca de lo miserable que se siente en secundaria, sin amigos y con el corazón roto. Supe que si no solucionaba su tristeza esta tomaría la fuerza de un vórtice y sumiría a todos los que quedaban en una bruma azul. Además, no estaba fea. Se sentó para descansar de todos los desastres que había causado. Hundida en el sofá rojo de mi amigo, me dije *Aquí voy.*

Silvia. Rubia, lacia. Ojos marrones como esos de las pinturas de Goya. Piel rosa y fina, tan fina que una vasija de la dinastía Ming tenía más probabilidades de superar una caída. Al mismo tiempo insistía en combinar vestidos con botas de combate pese a que no le lucían. Se comía las uñas, casi nunca se peinaba y tenía grandes ojeras. A veces se ponía medias de distinto color por accidente. En cuanto a hobbies, le gustaba escribir poemas. Durante nuestra amistad me mandó una cantidad ridícula de la cual no leí ninguno. Sin embargo, siempre le dije que eran bonitos y que tenía talento. En menos de tres conversaciones, ya estábamos tocando temas importantes. Yo ya podía confesarle toda la amargura de la relación con mi padre, mientras ella me contaba las historias de terror de los Guardiolas.

Entonces, como soy bueno, nos convertimos en amigos.

Ella vivía en las Peñas, una zona pintoresca de la ciudad llena de bares y talleres de pintura. Pasábamos horas en su casa vacía. Parecía un mal augurio, un lugar que estaba a punto de ser demolido. Conversábamos y desarmábamos al mundo. Silvia decía que hablábamos el lenguaje de las ruinas, que contábamos historias como si fuéramos los barcos naufragos en el fondo del mar.

No fue rápido, no. Tuvieron que pasar cinco años. Tiempo muerto en el que, si ella estaba soltera, yo estaba en una relación y viceversa. A veces coincidíamos y nos sentábamos en su balcón a contemplar la existencia con una botella de Chardonnay. Una vez le pregunté si quería salir conmigo y se rió, pensando que estaba jugando con ella. No volvimos a tocar el tema. Otra vez, estaba ebria una noche y como soy tan buena persona, tan atento, pasó. Ya lo veíamos venir, las amistades tienen mucho de coqueteo. Eventualmente Silvia estaría en mi cama, sus labios sobre mi cuello, las sábanas desarregladas, y aquel brillo indescifrable en sus ojos.

Para ella, todo tenía un significado. Todo era intenso. Todo tenía una verdad que revelar. Una vez *Donnie Darko* y ninguno de los dos entendió. Me preguntó cuál era su mensaje y me encogí de hombros. Le dije que había cosas que no necesitaban ser entendidas sino disfrutadas. Fue un grave

error porque sería bombardeado por mensajes toda la semana exigiéndome que le dijera cualquier cosa sobre el guion o los personajes o las adaptaciones o las referencias de ese metraje. Que no existían respuestas tontas. Necesitaba saber por qué el mundo se iba a acabar del otro lado de la pantalla y qué tenía que ver un conejo con dientes afilados y ojos de color cascarrón con Donnie. *No lo sé, estaba loco. ¿Recuerdas? Tenía esquizofrenia. Es un narrador no fiable.* Silvia me dijo que era una manera muy simple de verlo y me colgó. Al día siguiente me llamaría para disculparse, diciendo que ahora veía que yo estaba tan perdido como ella y era su deber educarme. Enseguida, me envió una cantidad absurda de videoensayos que no me molestaría en revisar.

Pero prefería sobreanalizar películas a tener que responder a preguntas personales:

*¿Qué somos?*

*Personas, Silvia.*

¿Cómo podía decirle que me había equivocado al acostarme con ella?

#### 4.

### El mar

### O el fin del mundo

Me encantaba el agua. Mi madre me arrojó a una piscina cuando a los seis años con la esperanza de que aprendiera a nadar para aliviar mi asma y funcionó. Descubrí que me gustaba. Gané trofeos por ser el más veloz, el que podía aguantar más tiempo, el que más modalidades de nado sabía. El agua me protegía de todo mal. Seguí nadando en secundaria, en el discurso de graduación dijeron que está sería la razón por la que me recordarían.

Pude haber seguido, pero la facultad de Medicina me tomaría por las fauces. Ahora todo eran huesos, sintomatologías, tejidos, sangre, cuadros clínicos, partidos políticos universitarios, fiestas, tragos, amigos y desvelos.

Pensé que Silvia sería inteligente y lo entendería a la primera. Que ya teníamos otras vidas. Que ya no habría ni tiempo ni ganas. Así que le apliqué lo que les había aplicado a todas las chicas que vinieron antes de ella. Dejé de contestarle los mensajes. Pero ella no se rindió, habló conmigo todos los días. Hasta dejé de responder sus saludos por cortesía. Parecía dar frutos, me regaló tres días maravillosos de silencio. Pensé que el siguiente mensaje de ella sería para mandarme al carajo, pero en su lugar recibí un: *Sé que esta semana ha sido mortal para ti por los exámenes y todo eso, pero qué te parece si nos vamos este fin de semana a la playa para que te relajés.*

No le dije que los exámenes de mi universidad fueron hace dos semanas. Le dije que sí, sorprendido de que recordara ese detalle sobre mí.

Me esperó por horas en el terminal, con un vestido amarillo y un sombrero de ala ancha. La desesperación en sus ojos era palpable, pero cuando me vio era como si pudiera darse, al fin, un respiro y relajar sus hombros.

En el bus nos besaríamos, nos reiríamos de la mala película que pusieron, escucharíamos música, nos pondríamos al día con los chismes y nos quedaríamos dormidos. Al llegar, nadaríamos, comeríamos y, por unos segundos, imaginaría que estar con Silvia no sería tan malo. Me seguiría hasta que nuestros pies dejaran atrás a arena seca. Aún con dudas, Silvia se dejaría hundir por el gran cuerpo de agua y sus piernas rodearían mi cintura como si yo fuera un ancla.

Ya a la salida, le contaría que una de mis amigas estaba comprometida. De como ella había sacado su sortija en medio de una fiesta de la facultad y yo me daría cuenta de que había dementes que se querían casar a los veintidós. Silvia escucharía sin atención y sin desviar la mirada de las olas que se rompían a nuestros pies. Pensé que estaría de acuerdo conmigo, pero en su lugar solo murmuró: *¿Y si nos casamos tú y yo?*

## 5.

### Basurilla en el corazón,

#### O las consecuencias de mis propias acciones.

Desde la profundidad del océano Pacífico venía este mal presentimiento que me ataba los pies. ¿Aquí era cuando pasaba? ¿Por qué era tan difícil mantener la felicidad? Ella colocaba su cabeza sobre mi hombro. Helada.

*Tengo migraña, ¿Qué puedo tomar?*

*Migradoxina, eso ha de servir.*

Hablamos de rentar un hotel, pero solo tenía diez dólares. Ella negoció conmigo hasta que sentí pena. Me dijo que mientras más nos alejáramos del puerto, más fácil sería encontrar un lugar. Entonces, heme aquí con Silvia, la melosa, la amiga, buscando un hotel en Chipipe, arriba y abajo, entre los edificios y los bares, la gente, los turistas y los restaurantes de mariscos. Finalmente encontramos una habitación rústica con una cama, pero sin televisor ni wifi. Ningún lugar para esconderse de las preguntas de Silvia. Un pequeño purgatorio con piso de madera.

*¿Tú y yo qué somos?*

*Personas, Silvia y Tadeo, amigos.*

*No, ya en serio.*

*No lo sé, supongo que tengo miedo.*

*¿Por qué tendrías miedo de nosotros?*

Estaba en una búsqueda incansable por la paz, por la destrucción, por el fin. Por lo que viniera primero así que sé lo di.



*Personas.*

*El mundo está lleno de personas que lloran en habitaciones de hotel. Personas tapete. Personas bonitas con el corazón amorfo, hinchado en la planta del pie.*

*Mujeres.*

*El mundo está lleno de mujeres a las que hieres. Mujeres soporte. Mujeres sábana. Mujeres malas noticias que se deshacen cuando las presionas lo suficiente.*

*Amigos.*

*El mundo está lleno de amigos que se vuelven la bilis del día siguiente. Amigos a los que les cobras el favor de haberlos llevado a casa con sangre, uñas y cabello.*

*Amigos, mujeres, personas. ¿Qué sé yo?*

## 6.

### Muertes,

#### O las cosas que he tenido que presenciar.

Estábamos comiendo en uno de esos restaurantes de manteles a cuadros que servían alitas con cerveza por menos de veinte dólares, con televisores que pasan exclusivamente partidos de fútbol. No quería estar allí sin importar lo animado de la música, el descuento de las bebidas o lo colorido de la decoración. Era su cumpleaños así que no podía dejarlo solo. Durante la conversación mi padre presionaba su sien con sus dedos como si un cohete le hubiera reventado adentro. Todavía no entraba a Medicina así que le dije lo básico: que respirara, que tomara algo de agua, que nos fuéramos a casa.

Un hilo de sangre corrió desde su oreja hasta el cuello de la camisa. Su cabeza cayó contra la porcelana del plato. Las convulsiones. El pánico de las personas del restaurante que llamaban al hospital cuando yo sentía los dedos demasiado pesados para hacerlo. El gerente que salió de su escondite para ver de qué iba todo el caos. La ambulancia que se estacionó al frente con una sirena infernal.

Cayó.

En el hospital, el doctor tendría la delicadeza de decirme que no era mi culpa, sino que mi padre tenía un aneurisma. Que lo había tenido un largo tiempo pero que no le gustaba hablar del tema.

Cuando regresé a mi casa mi madre me preguntó por qué tenía los zapatos cubiertos de sangre. Le dije que había recogido a mi padre del piso y mañana sería el funeral.

Fue desafortunado que tuviera que verlo morir, pero sabía que ese no sería el último cadáver.

Cuando eres doctor siempre está la posibilidad de que tus pacientes mueran. Es una idea a la que te tienes que acostumbrar.

Entonces le dije a Silvia que había algo dentro de ella, algo diminuto que me impedía quererla. Una falta de conexión, tal vez la falla de un nervio. Quizás era que de su piel se desprendía esa tristeza pegajosa que me resultaba repugnante al tacto. O tal vez el hecho de que venían sus amenazas y sus demandas en un momento de mi vida en el que necesitaba las cosas más fáciles. Y ella lo sabía.

Silvia lloró hasta inundar la habitación del hotel, hasta que de mi cuello parecieron salir branquias. Sin saber cómo actuar, con la cabeza por encima del agua, la observé desde mi rincón con los brazos cruzados.

Si soy honesto, no quería sacar a Silvia de mi vida. No quería que se fuera. Hasta cierto punto valoraba su amistad y su compañía. Solo quería un momento de tranquilidad. Que me dejara respirar largo y tendido por un año, como si fuera una máquina a la que se pudiera desactivar con un botón. Que muriera un rato para luego retomar esto, sea lo que sea.

Su llanto paró de manera abrupta acompañado de un silbido que indicaba que no había mucho aire en sus pulmones. Me empecé a empinar para ver cómo se encontraba mientras ella se cubría el pecho con sus manos, jadeando como un pez moribundo. El mismo horror de esa tarde con mi padre tres años atrás. *¿Qué pasa?* Ella no tenía fuerzas para responderme. *¿Pero qué pasa?* Me tiré a la cama para verificar su estado, sus manos frías sostuvieron mi antebrazo mientras recordaba mi clase de primeros auxilios.

Pobre Silvia, pobre Silvia, pobre Silvia. Habría de morir en una habitación de hotel en una playa desierta, sin que nadie encontrara su cuerpo. Yo podía dejarla atrás para el desafortunado que hacía la limpieza. Por unos minutos me permití una realidad alterna en la que me salía con la mía, pero su cadáver me respiraba en el cuello.

Sacudí el agua de mi cabeza para pasar a la acción. Reanimaría a Silvia, aplastaría su cuerpo contra mi cuerpo, colocaría mis rodillas al lado de sus costillas y hundiría mis manos en contra de su pecho, como si fuera a sujetar su corazón, una pequeña granada con pulso irregular.

**Felices vacaciones,****O la breve estancia en el hospital.**

No podía sujetar su corazón toda la noche. No podía corregirla por mi cuenta, como si fuera un cajón atascado o algo similar. Llamé a la ambulancia y me trabé con mis propias palabras. Atiné a decirles que mi acompañante estaba inconsciente, que apenas respiraba, que tenía un pulso críptico y que su piel era como un glaciar. Cuando me pidieron la dirección mascullé el nombre del hotel y colgué. Casi se me cayó el teléfono.

Dijeron que vendrían pronto, pero la espera se me hizo eterna mientras unas manos pegadas a mi cuerpo pero que no me pertenecían cargaban a Silvia, sus piernas colgaban de mi brazo.

*¿Pero qué demonios pasó?* Preguntó el dueño del hotel al verme en recepción.

*¿Alguna vez has roto con alguien y no se lo tomó bien?* El dueño no me contesta, pero poco importaba lo que tenía que decir. No estaba de humor para conversaciones. Al ver que batallo con el cuerpo de Silvia, me ayudó a sentarla como si se tratara de una muñeca. Un maniquí que desentonaba con la decoración de flores y banderitas.

Diez minutos después estarían aquí. Llenaron sus muñecas transparentes de suero mientras yo me acomodaba en la estrecha esquina de la ambulancia. A la izquierda estaba el omnisciente monitor con sus picos verdes. Un pequeño sismógrafo.

Afuera de la cápsula blanca, Chipipe sonaba fuerte, como si en algún momento las olas fueran a tragarnos.

El paramédico que bajó su camilla me preguntó si era mi pareja, lo corregí con una sonrisa de fastidio.

*No, mi amiga.*

*Pobrecita.*

Y pobre yo, pero nadie quería hablar de eso. Envuelto en una situación incongruente como el personaje de la obra de Kafka, *El proceso*. Como Josef K a quién lo sacan de su casa y lo ponen a juicio sin ningún motivo, paseaba por el hospital sin saber si llorar o enfurecerme. Sin poder preguntar por los cargos o pagarle a abogados. Lo único que sabía es que Silvia era una inepta emocional, tan frágil que no podía soportar el rechazo sin que su cuerpo colapsara. Tan débil que una tarde entre amigos la llevó al hospital. Tan poco intuitiva que no se percató que, si los silencios se prolongaban, era porque no quería que siguiéramos juntos.

10:33 PM. Hora que la internan.

10:40 PM. Arrastran su camilla fuera de urgencias a su habitación.

10: 42 PM. Se me ocurre que he de tener una pinta horrible.

*Creo que me he acostumbrado a escupir hojas de afeitar como un pequeño río rojo que se desparrama sobre mis ropas. Ni se notar. Eres un domingo que se disuelve entre mis dedos. Me dices que es un día de descanso y te digo que es una carga. Es un piso de madera sobre el cual llorar mientras mis ojos se derriten. Eres un lunes de ansiedad que cruzo volviéndome picos. Yo soy un martes, un eterno martes, un lamentable martes. Entonces preparas café mientras te grito con las puntas de mis dedos todas rojas, que no te preocupes. Que ya me estoy acostumbrando a escupir hojas de afeitar.*

## 8.

### Una Silvia de cristal

Estuve en la sala de emergencias con los codos sobre las rodillas, esforzándome por sostener mi cuerpo y que mis tripas no se regaran sobre el piso. Al levantarme, me viene una marea de dolor desde la base de mi cráneo hasta los dedos de mi pie. Olvidaba el nombre de las cosas. Cuando me indicaron que esperara en recepción achiné los ojos y una voz dentro de mí que no reconocí preguntó: *¿Qué es una recepción?*

Respondí a una decena de preguntas de estudiantes que bien podrían ser mis compañeros y un doctor se sentó junto a mí para explicarme la situación. Me dijo que la bella durmiente estaría bien, pero que estaba muy enferma. Páginas y páginas de récords médicos con enfermedades rebuscadas. Que Silvia nació dos meses antes de lo que debía y con una malformación en el corazón. Que tenía asma y de niña había vencido la leucemia. Que a veces convulsionaba y le hicieron muchas resonancias magnéticas sin dar con un diagnóstico.

*Es algo común en su condición, lo de la arritmia.* Fruncí el ceño. *Porque usted lo sabía, ¿no? Sabía que Silvia tenía una enfermedad congénita.*

Asentí.

*Oh, sí, claro. Solo que no había visto un episodio en acción.*

*Me imagino, debió haber sido aterrador.* El doctor se acomodó las gafas mientras seguía en labor de poner en orden la historia clínica. *Tomará unas cuantas horas para que se estabilice y le demos de alta. Mañana al mediodía debería estar saliendo de aquí. Le enviaré algunos medicamentos y tendrá que hacerse unos chequeos periódicos.*

*Entendido, ¿algo más?*

*Sí, por favor. No le dé disgustos. Está muy delicada por el momento. De allí, tendremos que llamar a sus padres para saber quién va a pagar el tratamiento.*

En los hospitales no hay noción del tiempo. No hay ni día ni noche, solo luces fluorescentes que hacen un gran esfuerzo para recordarme donde estoy y cómo he llegado allí.

Me lavé la cara en el baño de la habitación de Silvia y gasté mis últimos dólares en un café que sabía a tierra y un globo barato con una flor de plástico que vendían en una tienda de regalos cercana. En varias ocasiones me acomodé el cuello de la camisa sintiendo que me estaba asfixiando.

Ella se despertó con calma e hizo las preguntas de rutina. *¿Qué sucedió? ¿Por qué estoy en un hospital?*

Conté con mortificación la travesía de anoche. Me esforcé por recitar los sucesos sin emoción. Solo interrumpió para reaccionar con vergüenza o con un asombro cínico. Lo que viniera primero.

*¿Y cuándo tenías planeado decirme que estabas enferma?* Pregunté desde el sofá, cuidando de mantener la distancia entre los dos.

*¿Y cuándo tenías planeado decirme que no me querías?*

*No es que no te quiera, no...* Me rasqué la nuca que me quemaba por la mala noche. Miré al globo lastimero que había colgado del suero. “A una persona especial”. *Me estás cambiando de tema, estábamos hablando de ti.*

*¿Ahora te intereso?*

*Vamos, Silvia.*

*No quería que sintieras pena por mí.*

Ya era demasiado tarde. Ya sentía pena. Ya sentía ese rancio sabor en el paladar del que no me podía deshacer. Ella me agradeció por los regalos con una sonrisa y sin mirarme a los ojos. *De nada*, le contesté. Gracias por no morir, quise agregar.



Encendí la televisión para no tener que seguir hablando con ella, alguna mala comedia romántica para ver sin mucha atención. Poco importaba en qué condiciones regresaríamos a casa y la gran probabilidad de romper todo contacto una vez que llegáramos a la ciudad.

La calma duró poco, porque a pesar de que no lo hablábamos, los pensamientos seguían allí. Un llanto calmado que apenas se podía escuchar por encima del rumor del aire acondicionado. Pero yo si lo escuchaba, más potente que los ruidos del hospital. Tenía el llanto de Silvia grabado en mis pesadillas.

*Silvia, por favor, no llores. Pedí con algo de miedo. Mira que la última vez que lloraste...*

*¡Me iba a morir! ¡El doctor me dijo que me iba a matar y ahora me voy a morir!*

La abracé con molestia, sin poder recordar el tiempo que fuimos amigos. ¿Por qué lo habíamos sido por años si no teníamos nada en común? Éramos dos piezas puestas a la fuerza, una al lado de la otra mutilándose en el camino. Tadeo y Silvia, los amigos, murieron ayer. Quizás murieron antes, cuando Silvia decidió que había bebido mucho y que sería más conveniente pasar en mi casa que en la suya.

*¿Qué puedo hacer para que dejes de llorar?*

No sería una respuesta fácil. No sería ir a buscarle algo en la cafetería o comprarle más regalos. Podía besarla si ella quería. Podíamos tener sexo. Pero no podía amarla. No podía obligarme a tener sentimientos por alguien. No podía luchar con sus vacíos aplastando su corazón. Pero tenía que intentarlo, por una consciencia más limpia.

*Quiero que te quedes conmigo y no me dejes jamás.*

9.

El regreso,

O el día después del fin

Llegamos a la ciudad a eso de las tres de la tarde. No tomamos un bus, sino un taxi. Silvia estaba dispuesta a pagar ochenta dólares para que nos llevaran. Un paseo de dos horas y media en la que ella durmió en mi regazo y no tuve las fuerzas para apartarla. Aguanté su cabeza sobre mis piernas con desdén, pesada como si estuviéramos hablando de un bloque de piedra. Silvia aplastándome para ella poder descansar feliz.

*Crecí cubierta de silencio como una casa abandonada. Lo sabías. Me tomó mucho aprender a hablar, también lo sabías, pero de alguna manera tenía que susurrar. En alguna habitación, mi voz tenía que perderse.*

*He escuchado cada una de tus ausencias hasta que la idea de no ser el único corazón latiendo en el cuarto, me hiciera temblar.*

*Ya no tengo esperanzas de hacer ruido.*

**10.**  
**Llamadas de emergencia,**  
**o negociaciones**

Así que lo intenté, porque soy una buena persona. Lo intenté por semanas. Salidas en las que escuchaba a Silvia parlotear por horas y yo asentía con la cabeza en partes cruciales, cuando había una pausa para tomar aire, cuando me contaba sobre las cosas que había escrito en el día, cuando me hablaba de lo molesta que estaba con sus padres. Le daba la razón. Regalos. Tardes en su casa en las que el tiempo se volvía un ente espeso que se atascaba en la suela de mis zapatos. Por un mes- o por una eternidad- nos mantuvimos en ese baile. Un status quo en el que Silvia me escribía *Ven aquí* y yo tenía que materializarme y responder a regañadientes sin importar donde estuviera. En mi casa, con sus amigos, en un bar.

Silvia y yo nos sentamos en el balcón, uno frente al otro. La suya era una casa que había pasado de generación en generación, por lo que lucía un poquito más gris que las demás casas que la rodeaban. Desde su ventana podíamos ver gran parte del Malecón, el Río Guayas, la noria y las personas que parecían miniaturas. Ruidos que apenas eran perceptibles dentro del silencio de las paredes de los Guardiola. A pesar del sol de octubre, Silvia tenía puesto un abrigo gris. Había bajado de peso porque se sentía demasiado desdichada para comer algo que no sea sopa o té, por lo que vivía en un frío perpetuo.

*Te juro que no se los he dicho. No saben nada.* Silvia exclamó y yo sonreí con cinismo. *Llegaron las facturas y discutimos. Fue tonto, porque ya discutimos cuando llegué. No les gustó recibir esa llamada a las once de la noche. Pero les dije que habíamos ido en grupo de la universidad y me puse mal. Sospechan que algo malo me pudo haber pasado para reaccionar así, pero entre sospechar y saber algo, hay una gran distancia.*

*¿Seguro, Silvia?*

*Te lo prometo.*

*Bueno, me alegra. Solo pasé para ver qué hacías. Yo no puedo quedarme más tiempo. Es viernes y tengo mejores planes.*

Ella me miró como si el hecho de que tuviera algo que hacer fuera un profundo insulto, pero es que ya no sabía cómo decirle que no quería pasar tiempo con ella. Las sutilidades no servían. A Silvia las palabras tenían que atravesar y cortarla. Herirla. No es mi culpa que no entendiera de otra manera.

*Pero, de seguro puedes quedarte otros minutos. Conociendo a tus amigos, deben recién estar saliendo a eso de las nueve o diez de la noche. Apenas son las siete. Tienes tiempo de sobra.* Ella puso sus huesudos dedos sobre mi hombro y apretó.

*Te recuerdo que vivimos a lados opuestos de la ciudad. Toma una hora que llegue a mi casa. Haz las matemáticas. ¿Tú no tienes nada que hacer? ¿Alguna tarea o algo? ¿No tienes a quién llamar? Digo... eventualmente vas a tener que... ¿No tienes amigos en la U?*

Su rostro cambió y esperé las lágrimas. No vinieron para mí sorpresa.

*¿No te he dicho? No estoy yendo a clases.*

*Pensé que estabas encantada con Literatura.*

*Y lo estoy, pero no puedo escribir cuando me mareo constantemente. La última vez que me sacaron a la pizarra me desmayé en plena clase. El colmo del drama.*

Asentí.

*Pero, ¿has estado escribiendo?*

*Ya no.*

*Entonces, ¿Qué haces con tu día?*

*Me siento aquí, veo a la gente, lo que hacen, cómo se mueven. Te espero a ti. Sonríe. No eres el único infeliz, Tadeo. No eres el único que siente que tiene las manos atadas.*

A veces me daba por fantasear sobre las cosas que haría cuando estuviera libre, pese a la sombra de Silvia. Era una voz débil que me hacía mirar hacia mi alrededor, a ver quién podía ser la siguiente. La vida seguía normal. Me mantenía al frente de la clase haciendo el mínimo esfuerzo. Dormía siete horas diarias. Salía con mis amigos los fines de semana. Había conocido a gente nueva y tenía la vista puesta en Angélica.

Angélica pertenecía a un mundo distinto al de Silvia. Su casa no era un purgatorio vacío cubierto de polvo, sino un largo edificio donde todos los vecinos se llevaban bien. Ella era la integrante de una de esas familias que te hacían sentir bienvenido apenas los veías. Silvia pasaba todo el día en la cama mientras a Angélica le gustaban los deportes. Solíamos nadar juntos, a veces jugábamos fútbol. Hacíamos largas caminatas e íbamos al cine a ver esas películas de superhéroes que Silvia consideraba demasiado burdas.

Ninguna sabía de la existencia de la otra.

Me libré de Silvia apenas una hora después, como quien se libra de padres estrictos: a puntillas. Ya a las nueve me esperaban, pasaron por mí en un auto viejo que alguno de ellos había heredado, apiñados entre sí hasta la cajuela junto con cervezas y licor barato. *Vamos sube, no me hagas esperar. ¿Va Angélica? Sí, de una.* La noche pasó rápido, igual que la mezcolanza de tragos que me sirvieron en pequeños vasos desechables. En la multitud de la sala, en medio de luces rojas y verdes y humo de una máquina de dudosa procedencia, encontré a Angélica. Hablar con ella era como ese momento glorioso en que tu cabeza salía del agua después de haber estado aguantando la respiración y todos te felicitaban porque habías roto tu propio récord.

Bailamos, puse sus manos sobre su espalda desnuda y la acerqué más a mí ante los gritos de mis amigos. Borrachos, felices, libres, sin complicarnos la vida con mares agitados, o enfermedades. La vida podía ser tan simple, tan perfecta como bailar apretados en una sala llena de gente el sábado y

una caminata al día siguiente en donde no reguemos nuestras tripas hablando de sentimientos que tenemos o que no tenemos. Angélica se ve como el tipo de mujer que no te pide nada a cambio, mientras la diviertas. Angélica sí se ve como el tipo de mujer al que podías amar. Pensé que si me acercaba más, tan solo unos centímetros más podía besarla.

Pero el teléfono vibró. Eran malas noticias.

Pese a la oscuridad, debí verme pálido. Pese a la ebriedad, de pronto estaba hiperconsciente de todo lo que me rodeaba. *Lo siento*, le digo a Angélica. *¿Estás bien?* Ella me susurra por encima del ruido de la música. No, nunca. No he estado bien desde hace un mes. *Sí, solo que creo que es importante.*

Me había escrito un número desconocido y sin foto de perfil. Todo en mayúsculas. “POR FAVOR, VEN A LA CASA. SILVIA HA TENIDO UNA RECAÍDA”. Tenían que ser los Guardiola.

Qué oportuna. Maldigo al mundo en silencio mientras le explico a mis amigos que ha habido una emergencia. En el proceso se me caen unas cuantas monedas y me pongo la chaqueta al revés.

## 11.

### La amenaza, o los Guardiola

En la casa de los Guardiola, el tiempo se detenía entre bajar del taxi y levantar un pie tras otro. Los padres de Silvia me abrieron la puerta, sus rostros parecían salidos de un velorio. Una parte de mí se atrevió a entusiasmarse pensando que lo peor ya había ocurrido. Que era libre de marcharme.

Su madre me saludó con cortesía, con una sonrisa estirada en los labios. Su padre me abrazó como si fuéramos amigos de toda la vida. Me dijeron lo que ya sabía. La palidez, su pulso moribundo, sus labios y la punta de sus dedos azules. Pasé lista de sus síntomas. Me dijeron que gritó por mí, que pasara lo que pasara tenía que quedarme con ella.

*¿Pero, fueron al hospital?*

*No, solo fue un susto. Llamamos al doctor de la familia y nos mandó algunos sueros y medicamentos.*

*Quizá se pondrá mejor. Con Silvia la promesa de mejorar tenía tanto valor como la palabra de unos malos padres, quienes juran que se comportarán, que irán a tus recitales, que te prestarán más atención, que saldrán contigo el fin de semana, pero los domingos se quedan ebrios, dormidos en el sofá. No obstante, la cosa no luce bien.*

*Pero, ¿qué les dijo con exactitud el doctor? ¿Puedo hablar con él?*

*No, no puedes. Se apresuró a contestar la señora Guardiola con voz estridente. Está en Estados Unidos.*

*Allá es de madrugada. Escucha, nuestra hija está muy enferma. Se va a morir si sigue así. Lo siento, hijo.*

Los señores Guardiola me daban una mala vibra. Sería por prejuicio, pero no podías escuchar por años anécdotas de terror de una persona, y creer que aun así, era alguien agradable. Nunca los había

visto así de alterados, como que quisieran que, en lugar de seguir preguntando cosas, me pusiera de rodillas y empezara a llorar por Silvia.

*Pero está tomando su medicina, digo desconcertado. Para el corazón. Lo siento, es que no entiendo, ¿qué pasó? ¿Qué tiene?*

*Su corazón está demasiado deteriorado. Es eso, eso es lo que tiene.* Contestó el padre de Silvia. Le tomó unos segundos. *Tú, como estudiante de Medicina, deberías saber que hay remedios que solo son para manejar el dolor, pero que la condición sigue.*

Daba la impresión de que Silvia quería estar enferma. Por más que admitirlo me hiciera sonar como una persona horrible. Se mantenía reacia a tomar cualquier tipo de fármaco a menos que el dolor fuera insoportable. Su madre subía a su cuarto para interrumpir nuestras conversaciones y darle tres píldoras que ella escondía debajo de la lengua y escupía en el momento en el que daba la espalda. *¿Qué son?* Preguntaba antes del día en la playa. *Solo vitaminas. Saben asqueroso. No es tan importante.*

Este último mes yo me había adueñado del rol de la señora Guardiola. Me había vuelto la incómoda madre que había memorizado su prescripción y exigía pruebas de que en serio las había digerido. Si se me olvidaba preguntarle, estaba seguro de que no las tomaba.

Caminé hacia el cuarto de Silvia. Una pesadilla cíclica en la que tenía que asomarme en la que tenía que asomarme en puntillas al marco de la puerta para ver en qué estado la encontraba ese día. Ella me esperaba, ¿cómo no? Esperaba con ansias descomponerse para tenerme más cerca. Sabía muy bien que tenía que llorar apenas verme. Su mano derecha está siendo devorada por un tentáculo transparente que daba a parar a una triste bola de solución salina.

La enfermera me mira, sonrío con educación y se marcha.

*Me voy a morir, Tadeo.* Esa se ha vuelto su frase favorita. Yo la saludo, exhausto. Con un beso brusco en la mejilla. *Ya lo siento, está comenzando. Me vuelvo cenizas.*



*No sé qué decirle. Quizá que cierre la boca, que me deje dormir y lidie con lo que tenga que lidiar por su cuenta, como lo hacemos todas las personas.*

*Pero, bueno, ¿qué pasó aquí?*

*Yo ya lo sabía. Chilló. Vine al mundo con un corazón defectuoso y eso será lo que me matará. Tú no te lo tomas en serio, crees que es una metáfora, pero es real. Volvió a pasar. Es aterrador. Deberías haber estado allí.*

*¿Debería? He estado pegado a ti desde que regresamos a Guayaquil. No he tenido ni un solo momento para mí mismo. He hecho todo lo que me has pedido. Hoy, solo hoy que tengo algo que hacer, ocurre esto.*

*Lo sé, lo sé. Perdón. Solo que me gustaría que supieras cómo me siento.*

*Suspiré con desdén.*

*¡Y claro que sé cómo te estás sintiendo! Te has encargado cada maldito día que sepa cómo te sientes.*

*Nunca te callas.*

*¡Pero no me grites, por Dios! Yo soy la que se está muriendo y tú me gritas. ¿Sabes qué dice el doctor?*

*Sus suspiros y lágrimas hacían eco en la alcoba. Que tengo menos de cinco meses. ¡Cinco meses no me alcanzan para nada!*

*Pero tú querías ir a la playa. Dije, sin esperanzas de ser escuchado.*

Sus padres, inquietos por el ruido, entran al cuarto. Cuando entran, muere dentro de mi garganta la siguiente frase de la conversación. Me quedo quieto, me congelo ante sus miradas de juicio y furia.

¿Cómo me atrevía a lastimar a su hija en su propia casa? Me congelo ante las lágrimas de Silvia.

¿Hay algo que pueda hacer para aliviar tu dolor? Me fuerzo a decir. Gracias al resplandor enfermizo de sus ojos, supe antes de hacer su pedido que lo iba a detestar.

*Cásate conmigo.*

Callé. Silvia se tomó el silencio como lo que era, pese a eso siguió con su letanía. *cásateconmigocásateconmigocásateconmigo*. La enfermera corrió hacia mí e intentó calmar a Silvia. Le pidió que respirara hondo, le preguntó cómo se sentía y si necesitaba un calmante. Me dio un codazo y me pidió que, por favor, me fuera ya que solo servía para poner a la paciente nerviosa. Al salir, los Guardiola hicieron notorio su disgusto. De haber tenido fuerzas, hubiera agregado algo más para no quedar tan mal, pero llevaba despierto desde la mañana. Tenía algo de resaca y no feliz con eso, su hija había tomado todas las emociones que tenía y las había succionado hasta destriparme.

*Para diseccionar un cuerpo se tiene que empezar con un corte en el pecho. No tiene que ser muy profundo, con hundir tu dedo pulgar sirve. El resto de piezas mal pegadas caen sobre su propio peso. ¿Eso no es muy ignorante en materia de Anatomía? Me dices. Pero no hay momento en el que se siente más conectada a mi cuerpo que cuando me enfrento a destellos de dolor. Mi espalda es una colección de moretones, solo que no estás entrenado para verlos. Niegas con la cabeza mientras barres el polvo de mis huesos. Qué mujer más patética me ha tocado,*  
*murmuras.*

## 12.

### Premoniciones, o conociendo a tus padres

Pasaron tres semanas sin darle una respuesta concreta a Silvia, y en ese lapso mi patrón de sueño se las arregló para cambiar a peor. Pesadillas en las que Silvia se las ingeniaba para arrastrarme al altar, como si yo fuera la piedra atada a su tobillo. Frente miles de ojos me pedía que recitara mis votos, que le dijera que aceptaba, en la salud y en la enfermedad, que el amor es paciente y servicial. Cuando me tocaba hablar, me ahogaba con mi propia lengua tan hinchada que no cabía en mi boca. *¿Y bueno, vas a hablar o no?* Decía el señor Guardiola entre la multitud, una pistola en la mano. *Porque si no hablas, ya sabes lo que pasará. Amarás a mi hija. No importa cómo, no importa cuánto pase. Lo harás.*

Buscaba maneras de distraerme. Pasaba todo el tiempo que podía con Angélica. *¿Quieres salir conmigo?* le pregunté un día mientras esperábamos nuestra siguiente clase, sentados en el pasto. Ella me miró con desconcierto. *Digo, te me haces bonita y creo que podemos divertirnos juntos.*

*¿Es eso? Todo este tiempo que pensé que estaba haciendo un amigo, ¿tú tenías otras intenciones?*

*Vamos, Angie, sabes que no es eso.*

*La respuesta es no, Tadeo.* Angélica cerró sus libros, dispuesta a marcharse sin importar que faltaba como una media hora antes de nuestra siguiente clase. Bien podríamos esperar juntos. *Además, no creas que no me doy cuenta que una tal Silvia siempre te está escribiendo.*

*Silvia es mi prima.*

*Como digas.*

Allí estaba Silvia, arruinando conversaciones en las que ni siquiera estaba presente.

El padre de Silvia me sorprendió un día, irrumpiendo en el patio de la facultad. Al principio, por verlo con traje, pensé que se trataba de un profesor o algún visitante del gobierno, pero al pasar frente a él, me tomó del brazo. *Así que aquí estudias, chico.* Me saludó y no supe qué gesto hacer. *Tadeo, ¿no es así? El amiguito de Silvia.*

*El mismo.*

*Mira, niño. Esto es rápido. No me gusta meterme en la vida de mi Silvia, pero lo sé todo. Sé que estuvo internada en Salinas un mes atrás. No soy tonto. No sé qué rayos le hiciste, pero desde que regresó de ese viaje, ella no ha hecho más que empeorar.*

*Lo de ir a la playa fue su idea, no la mía. De haber sabido que estaba enferma...*

*Eso ya pasó. A mí lo que me interesa es más su salud.* El señor Guardiola se me acercó unos centímetros más. *Mi hija nació enferma, como te lo pongo para que lo puedas comprender mejor...*

*Piensa en un florero. Un florero es bonito y frágil, como mi niña. Hay que cuidar que no se rompa. Y no ha sido fácil. Nació pequeña y azulada, dos meses antes de los que debía. De niña, su segunda casa fue el hospital. Cada año una condición nueva, que la arritmia, que huesos demasiado frágiles, que leucemia.*

*...No lo sabía.*

*Claro, porque a tu edad no piensas en otras personas. Quiero saber por qué. Mi hija pasó toda su adolescencia sin grandes sobresaltos, pero luego vienes tú y casi la matas.* Silencio. Es mi silencio lo que lo saca de quicio al señor Guardiola, quien me agarra de los hombros y me empuja hacia la pared. *Pero dime algo, no te quedes allí.*

Un guardia del campus alcanzó a vernos y supo que tenía que intervenir. Le pidió al señor Guardiola que por favor me suelte y se retire, y yo no sé detrás de que el árbol del campus esconderme.

*Es enfermizo, porque cuando tú estás con ella es cuando mejor está. Pero cuando tú te marchas, empiezan los ataques. Tu presencia es un placebo. Le vocifera al guardia que ya está por marcharse, que estamos teniendo una conversación civilizada. Tienes que casarte con ella.*

*No me voy a casar.*

Pensé que estaría tan espantado por la propuesta de su hija como yo, pero en su lugar apenas llegaba a sorprenderse. Quizás con algo de incredulidad, le resultaba un poco risible que su hija fuera tan dependiente de un pendejo de veintidós años que no tenía empleo. Supongo que el terror de saber que su hija estaba muriendo fue más grande.

*Hazlo, ¿necesitas un anillo o algo?*

*Ya le dije que no lo iba a hacer.*

*Escucha, Tadeo. Mi mejor amigo está en la armada. Conozco a gente que te puede romper el cuello con apenas tocarte. A este punto no te lo estoy pidiendo de favor. ¿Qué es lo que necesitas para casarte con Silvia?*

Qué indulgencia. Así debían de sentirse las personas en el corredor de la muerte cuando les preguntaban cuál sería su última cena. Los Guardiola tenían éxito, el padre abogado, la madre dueña de una de esas compañías en donde hacían dulces extraños, con menos calorías, veganos y sin gluten. ¿Qué es lo que necesitas? De aquí a unos diez años, si hago una buena obra ese hombre podía ponerme a dirigir un hospital.

*Quiero una casa y un salario mensual.*

**13.**  
**Silvia de Machado,**  
**o señorita florero**

*¿Cómo carajos es que estás comprometido? La conversación con mi madre no fue fácil. ¿Pero tú qué tienes que ver con esa niña? Yo estuve allí, eso fue todo. Estar en el peor momento frente a una familia que en lugar de mandar a su hija a un psicólogo, le siguen la corriente. Pero al menos había sacado algo bueno de esto. Al menos me pagarían. ¿Y cómo es que recién me entero? Hace años que no me presentabas una novia. ¿No habrás dejado a la chica embarazada? No, madre, no. ¿Entonces, qué es lo que pasa? ¿Tú la quieres?*

Sí. No. A veces. Las manos sobre la mesa. No es que no la quería, pero definitivamente no la amaba. Tampoco llegaba a detestarla, pese a que daba esa impresión. Gran parte del tiempo que fantaseaba sobre su muerte, lo hacía con fines altruistas. Un alto a su sufrimiento, un alto al mío.

*Supongo.*

*¿Alguien te está amenazando?*

No. Aquello no la convenció. *Te prometo que fue mi idea.*

*Esta no es tu idea. Desde niño me vienes diciendo que odias las bodas y que tu temor más grande es casarte.*

*La gente cambia de opinión. Da igual si me apoyas o no. Digo, agotado. Mi madre se queda quieta.*

*Te estoy diciendo para que estés avisada.*

*Solo te cuido. Yo he tenido un mal matrimonio. No quiero que pases por lo mismo.*

*Solo necesito que me des el anillo para hacer la propuesta.*

Pensé que mi madre no volvería a tocar el tema. Cada vez que teníamos el infortunio, ella cortaba la conversación con desdén. Yo aún estaba con los nervios desatados gracias a todos los mensajes que el padre de Silvia me había empezado a enviar preguntándome: *¿Cuándo lo vas a hacer? Ya sabes qué pasa si no lo haces.*

El corazón de mi mamá se suavizaría a medida que avanzara la semana. Tocó mi puerta en la noche del jueves, aún con el mandil puesto, sosteniendo la pequeña caja de terciopelo negro que guardaba en el fondo del armario. Descalza. Preocupada. Preocupadísima. Abrió la caja frente a mí y, como si se tratara de un vendedor, enumeró sus cualidades: *La perla en el centro es auténtica. A tu papá le gustaba mucho contar que apenas supo que se iba a casar conmigo, aborrió unos cinco sueldos para pagarla. Sé que no tienes en gran estima a tu papá, pero lo que quiero decir es que cuando me dio este anillo fue uno de los mejores momentos de mi vida. Espero que tú puedas usarlo y que te vaya mejor.*

Puso el anillo en la palma de mi mano. Pesaba como una roca inmensa.

La propuesta no fue un espectáculo. No hubo ninguna preparación. Fue al día siguiente que conseguí el anillo. Ni regalos ni viajes ni cenas. Dios sabía que nunca volvería a viajar con Silvia. Compré las flores menos marchitas del supermercado, unas rosas amarillas a las que le faltaban pétalos y tomé el bus a su casa. Lo hice en la noche porque todos estarían allí. Que lo vieran para que estuvieran tranquilos. Que lo vieran para que me dejaran en paz. ¡Qué chico tan ejemplar!

Quería que ella pensara que había sido mi idea. Que había reflexionado y había puesto tierra fértil en mi corazón para que su deseo pudiera echar raíces. Esperé en el porche con las luces apagadas. Las rejas chirriaron al cerrar. Silvia sonrió al abrirme la puerta, una sonrisa macilenta y gris. Con su bata de dormir y el cabello que le quedaba en una coleta. Le tendí las flores como quien devuelve

algo que has tirado al suelo, pero ese gesto fue suficiente. Son las pequeñas migajas de afecto que a ella le gustan. *Llama a tus papás, por favor. ¿Para qué? Solo llámalos. Van a querer ver esto.*

Gritó y sus papás esperando algo malo corrieron detrás de ella. Su madre me miró con la misma decepción de la última vez, cuando salía corriendo ante la petición de su hija. Su padre, con una leve sonrisa presumida. De rodillas, mis dedos tantearon la pequeña caja en la oscuridad. La humillación más grande. *Te quieres casar conmigo, Murmuré. ¿Y bueno, te quieres casar conmigo?* Eso me pidieron y aquí lo tenían. Me rogaron, me amenazaron, me rompieron y aquí estaba como un pecador llorando de rodillas en un altar. *Silvia, contesta. ¿Te quieres casar conmigo?* Aceptó con sus irritantes lágrimas. Aceptó tirándose a mis brazos, haciéndome tambalear contra la pared. De pronto, el porche nos estaba quedando pequeño. Silvia me soltó y entró a su casa dando saltitos. El señor Guardiola puso una mano sobre mi hombro. *Bien hecho, hijo.*

*Para amarte bien necesito que me despellejes hasta volverme mínima y vivir entre los espacios de tus  
dedos.*

*Para amarte bien tengo que retirar toda la sangre de mi cuerpo y volverla agua para que en mis  
brazos crezcan flores.*

*Para amarte bien tengo que sacarme las branquias y torcerme la espina reposando en el alféizar para  
que me dé el sol.*

*Pero funciona. Funciona porque el amor es condicional.*



## 14.

### La boda, o el corredor de la muerte

Toda familia es un ancla. Un peso insoportable que te mantiene clavado en un sitio por el bien común, así era como los padres mantenían a Silvia cerca y por ende a mí. Una convivencia espantosa que no se acababa.

Breves observaciones sobre los Guardiola: el resentimiento que se tienen es palpable. Mientras más se molestaban en entablar una conversación, más probabilidades había de que terminaran discutiendo. Al padre de Silvia le gustaba hablarme de temas que no conocía. Política, ciencia, religión, daba igual. Le habían dado una boca y la usaría para incomodar a los presentes. Era muy fácil de frustrar y detestaba que le llevaran la contraria. Cuando me invitaba a cenar y le corregía pequeñeces, su puño solía golpear la mesa causando que todos los platos se movieran y las bebidas se regaran. *¿Ves, Tadeo? Tu culpa.* Me decía.

Por su parte, cuando no estaba trabajando, la madre de Silvia se la pasaba pegada al internet. Frecuentaba foros de salud, tutoriales de recetas saludables y canales de YouTube en los que te enseñaban a meditar y a vivir de una manera más limpia y natural. Su canal favorito era Discovery Home and Health y me hacía mil preguntas. *¿Es grave que tenga una mancha roja en la pierna? Cuando no me pongo lentes, me duele la cabeza, ¿crees que debería visitar a un neurólogo? Mi esposo ronca cuando duerme, ¿en qué momento puedo saber si es por apnea?* Cuando no estábamos hablando de sus preocupaciones, le gustaba hablarme de la infancia de su hija acompañada de un amarillento álbum de fotos. La mayoría de sus historias tenían un hospital como escenario.

Esa casa estaba tan maldita como todos sus integrantes, pero me forzaba a pasar la tortura días y noches enteras con una sonrisa en el rostro. *Está es también tu casa Tadeo, tú ya formas parte de esta*

*familia*, el señor Guardiola me decía con orgullo. Me obligaba a quedarme a dormir una vez a la semana, sufriendo con Silvia quien, sorprendentemente, respiraba bien. Tenía una rutina nocturna demasiado cuidada, tomaba sus pastillas y quedaba inmóvil entre unas ocho a doce, no como yo que me levantaba cada tres horas temblando por mis malos sueños. No hacía ruidos, no murmuraba nada. Era una tranquilidad absoluta. Uno la podía ver reposar y pensaría que esa mujer no había estado enferma en su vida.

Apenas Silvia dijo que sí, sus padres se lanzaron a la maratónica tarea de planificar una boda en menos de tres meses. Querían algo simple, pero elegante. Fueron días ajetreados en los que salíamos de un local para entrar a otro. No me encariñé con ninguna parte del proceso. No invité a la ceremonia a ninguno de los amigos que me quedaban. No elegí ni el lugar ni la fecha ni los tragos ni la orquesta ni el traje que llevaría. Todos los pasteles que probaba me sabían igual. Yo solo quería que ellos cumplieran con su parte del trato y que me entregaran mi casa. Ya encontraría un lugar donde esconderme de Silvia. El ático, si es preciso.

Mesas cubiertas de tela satinada rosa y amarilla, flores de temporada, pequeños vasos llenos de dulces, canapés y sándwiches diminutos. Un pastel de plástico porque el real ya estaba troceado en cajitas. La numerosa familia con la que Silvia no se hablaba pero que ese día estarían en primera fila para juzgarnos. Mi madre elegante con el cabello en uno de esos peinados que toman horas y con un vestido hasta las rodillas.

Caminé hacia el altar como si mis zapatos estuvieran llenos de cemento. Mi madre lo notó, pero de seguro pensó que eran los nervios. Aquí viene el horror. Sería como cuando vimos *Donnie Darko* por primera vez. Silvia no dejaría de hacerme preguntas hasta que yo mismo me deshiciera. Silvia no tardaría en abrazarme tan fuerte hasta que mi cabeza se desprendiera de mi cuerpo. Silvia me perseguiría hasta el fin del mundo, de la misma manera que ese conejo lo hizo con Donnie.

Llegamos, mi madre me dio un beso en la frente. Me estaba dejando como aquellas personas que dejan sus animales con otras porque ya no pueden cuidarlos más.

Cómo quería que el piso que me sostenía se transformara en agua para nadar lejos de allí.

Silvia llegó al altar aferrada del brazo de su padre. Le costaba caminar con la monumental cola de su vestido. Lucía un poco más viva, con mangas largas que escondían sus moretones y rubor. Ella sí se ha convencido de que este es el mejor día de su vida, no una transacción hecha por pena. Una limosna.

Creí que, en el extraño caso de casarme, bebería hasta quedar inconsciente. Pero en ese entonces, emperifollado y con la espalda rígida, decidí no beber ni una gota de alcohol en caso de que, ebrio, dijera que me estaban obligando o, peor aún, que me iban a pagar.

Bailamos toda la noche juntos, pese a que mis ojos deambulaban por el salón. Si Silvia lo notó, entonces no quiso decir nada. Ponía sus brazos sobre mí, como una enredadera que no tardaría en esparcirse. Tan concentrada en pegarse, tan decepcionada porque nuestras pieles no se fusionaban para crear un propio monstruo, que me hizo tropezar y caer en la pista. Ella rió, pero yo no le encontré gracia.

Cada brindis era más vacío que el anterior. Observaba a todos a través del champán como si fueran lentes ojo de pescado. Puras palabras huecas y al mismo tiempo grandes, que se alargaban hasta ser líneas sin sentido. Compromiso. Amor. Familia. Gente que no nos conocía tratando de complacer a los Guardiola. *¿Estás bien? Sí, estoy feliz. ¿En serio? Podría morirme de lo feliz que estoy, podría ahogarme. Yo también.* Silvia insistía en entrelazar nuestras manos, yo la rechazaba por inercia como si fuera hierro caliente.

Apagaron la música a las tres de la mañana cuando ya no quedaba comida y los centros de mesa habían desaparecido. Quedaron dos botellas de ron que irían directo al gabinete de los Guardiola. Quedó el ramo de la novia solitario flotando sobre una piscina que nadie utilizó. Quedaron las sillas

vacías de los invitados que se despedían con un beso. Quedé yo junto a mi madre en un local vacío mientras los Guardiola se iban en limusina a su casa. Era mi última noche y tendría que volver en taxi a casa para empacar todo aquello que me era útil para la más miserable de las existencias. *Pero hijo, hablas como si no nos fuéramos a volver a ver.*

*Créeme, es una posibilidad.*

Y así fue.

*¿Se puede morir de felicidad? Se puede ser tan feliz que te deshaces completamente como un río sobre el suelo, hasta que ya no hay nada más de ti que agua. Como si no te pudiera mirar directo a los ojos sin desintegrarme, sin desbordarme, sin salpicarte. ¿Se puede? ¿Se puede ser así de feliz? ¿Es físicamente posible o es otro tipo de dolor el que siento?*

*Lo único que sé es que si yo me convierto en un río, entonces tú serás la mar.*

## 15.

### **Reescribir la historia, o la ofrenda de paz**

Entonces, Silvia volvió a tener una de sus brillantes ideas. No sé si lo hizo por sádica o por idiota, pero decidió que sí debíamos tener una luna de miel, además Salinas, el mismo lugar en el que casi muere. ¿Por qué? *Creo que merecemos una buena experiencia, después del caos de la vez pasada. Te prometo que esta vez nadie va a terminar en el hospital.*

Claro, como si pudiera controlar su salud, recuerdo haber pensado.

Para hacer más indeseable el asunto, los Guardiola decidieron que no podían dejarnos ir solos. Que esta vez serían prudentes y nos separarían de su hija pero que tendrían la cortesía de un cuarto aparte. Que se sentían generosos y que iban a pagar. Aquello podía ser una oportunidad, me dije a mí mismo, voy a tener unas vacaciones con gente que no soporto, pero al menos me iban a pagar. Así que les dije que si queríamos aceptar que ellos fueran como nosotros, entonces tendríamos que ir al mejor resort que tenían en mente. Ese del que Silvia siempre comentaba, ya que sus padres tenían una membresía con una cadena de resorts que usaban todos los veranos, con el que ella siempre fantaseaba con traer a su pareja a pasar el rato tomando tragos en el bar y caminando descalzos sobre la playa privada. Les pedí la mejor habitación que podían darnos, aquella que tenía el jacuzzi en la suite y que nos apuntarían para deportes acuáticos por los que tendrían que pagar extra.

Fueron tres días. Todos apiñados en el auto familiar, manteniendo el silencio por tres horas hasta pasar los letreros que nos decían que habíamos llegado. Al llegar a la recepción, la madre de Silvia empezó a hacer un berrinche porque le habían cobrado algunos dólares más por un impuesto del que no le habían informado. Nosotros, mortificados, sentados en los sofás naranjas al lado del bar, solo esperamos. El señor Guardiola tomó a su esposa de la muñeca con brusquedad y le pidió por

favor, se comportara y que luego verían qué harían con el dinero, dinero que tenían de sobra, recalcó.

*Tus padres como que se odian, ¿no?* Comenté con sarcasmo, pero Silvia asintió con seriedad.

Nunca sería aquel hombre que arrastraba a su mujer en el vestíbulo de un hotel porque lo avergonzaba. No. A mí me consolaba saber que todo el desprecio que le tenía a Silvia era tan sutil que ella ni siquiera lo podía notar.

De allí la tarde pasaría rápido. Vería a la enfermiza Silvia tomar un cóctel tras otro en vasos de plástico mientras yo batallaba por terminar mi cerveza con el estómago hinchado de tanta comida

*Pero calma, ¿no tienes que tomar medicaciones fuertes?* Le pregunté con el ceño fruncido. *¿No estabas enferma?*

Silvia reía.

*Supongo que tengo días buenos.*

Tomaríamos clases de kayak e incluso me aventuré a hacer sky acuático mientras Silvia me veía aterrizada desde su silla playera. Me aseguraba de sonreír y ser cariñoso con ella al momento en que los Guardiola veían a supervisarnos. Hice un par de amigas por el bar, ante el desdén de Silvia que no podía hacer nada más que sujetar mi mano como un gesto territorial mientras seguía con sus bebidas. Ella se mantuvo al borde de la piscina mientras yo nadé hasta la hora de cierre de esta.

Ya en la noche, todos los tragos y toda la comida que había robado del buffet y el bar de snacks empezaron a cobrarle factura a Silvia. Ella, obligándome a seguirla a nuestra habitación, llorando mientras vomitaba, me pedía perdón.

*Yo solo quería que tuviéramos unas buenas vacaciones. Las vacaciones que debí darte desde un principio.* Me dijo mientras se cepillaba los dientes y se lavaba. *Sé que no hemos empezado nuestro matrimonio con el pie derecho pero lo importante es que estamos juntos y que quiero que seamos felices.*

*Lo más felices que puedo hacernos. Por favor, Tadeo, dame otra oportunidad.*

No quise decirle que todo esto no tenía arreglo y que la única razón por la que aún seguíamos hablando era por todos los tratos que su padre había hecho conmigo, pero al verla tan solitaria y pequeña, lamentándose frente al espejo con luces tenues, mi corazón sintió algo de compasión.

Caminé hacia ella y la abracé por detrás. Le di un beso en la cabeza.

*Ven, vamos a la cama. Aún estamos a tiempo para divertirnos.*

## 16.

### **Un nuevo hogar, o extraños bajo un mismo techo**

Los Guardiola cumplieron con su palabra: compraron una casa y para que Silvia no hiciera preguntas la presentaron como un regalo de bodas. Se trataba de una de esas casas caras por la Puntilla, a las afueras de la ciudad en una de esas urbanizaciones donde todas las casas lucían iguales. La nuestra estaba en la manzana 15 villa 17. Una casa más de la hilera de viviendas pintadas de blanco y café con pequeños jardines de césped sintético y caminos de adoquines.

Nuestros vecinos eran gente pudiente o que creía serlo por el hecho de vivir en una zona con constante vigilancia. Nuestro garaje era el único garaje vacío del sector. Familias perfectas con hijos perfectos con escuelas perfectas. Padres encorbatados y con maletines que te saludaban en una falsa cortesía cuando tenían la mala suerte de toparse contigo. El grupo de amigos que se iban a tomar cerveza, jugar fútbol y hacer una parrillada en el área social. Ahora pertenecíamos a ellos.

Los Guardiola nos dieron la casa con reticencia hasta el final, porque pese a que el señor Guardiola estaba dispuesto a negociar conmigo por la felicidad de su hija, todavía no estaba dispuesto a dejarla ir. *Si Silvia se marcha, ¿cómo sabremos de su salud? Sé que estudias medicina y que los teléfonos existen, pero hay tantas cosas que se nos pueden escapar si no las tenemos presentes. Me inquieta el hecho de que estudies, no porque creo que vayas a ser un mal médico, sino que mi hija se quedará sin ayuda en la casa y Dios no quiera que tengamos mala suerte y le dé un ataque cuando no estés. Te dije desde el principio que me parece perfecta la idea de una casa. No me queda duda que serán muy felices, pero creo que me sentiría mejor si estuvieras las veinticuatro horas con Silvia. ¿Qué te parece si dejas de estudiar por un tiempo? No será por mucho, sino hasta que se acostumbren.*

Más sacrificios que hacer incluso cuando pensé que ya había sacrificado todo. La idea de vivir a solas con Silvia no me emocionaba, pero la idea de que al cabo de un año podría terminar por mi cuenta



en una buena casa y con algunos dólares ahorrados, se me hacía muy atrayente. Podía botarme un tiempo de la Universidad, de todas maneras, seguiría abierta. Ya tardaría en graduarme, así que un par de años más no harían diferencia.

El señor Guardiola mantiene la calma y cuando no está ni su hija ni su esposa presente me pregunta: *¿Puedo confiar en ti?*

*He hecho todo lo que me ha pedido. ¿Por qué no habría de confiar?*

*Trato hecho, hijo.*

Tenemos una sala con ventana que da al patio, una cocina con encimeras de mármol. Ninguna foto colgando en la sala. Dos cuartos, porque eran optimistas y asumieron que queríamos y podíamos tener hijos. No tenemos muchos muebles, pero convencía a Silvia que si necesitaba algo lo podía pedir a su madre. *Dile a tu madre que necesitas un televisor en la casa porque te aburres, dile a tu mamá que necesitamos un sofá más grande para cuando tengamos invitados, dile a tu mamá que necesitamos una de esas cafeteras que hacen varios tipos de café. Una lavadora, un parlante inteligente, una computadora más grande.* A Silvia todas estas propuestas le parecían buenas, porque sabía que tenía razón y sus padres nunca fallaban en entregarnos las cosas el siguiente domingo, llenos de amor por su hija.

No teníamos mascotas, porque Silvia era alérgica. A ella le parecía un sueño la casita y no veía el momento de decorarla a su gusto. Yo la encontraba terriblemente solitaria.

Compartir cuarto con Silvia era horrible. Dejábamos que el aire corriera en una habitación compuesta de una cama, un escritorio, un armario y una considerable biblioteca. Un cuarto con una ventana amplia que daba hacia el club social de la urbanización, donde podías contemplar a personas pasando el rato en las gradas de la cancha de básquet. Sin embargo, pese al espacio, se sentía como el más estrecho de los elevadores. Podía percibir su aliento en la nuca cuando estábamos separados. No nos acomodábamos bien en la cama. Silvia no sabía compartir las sábanas

y los edredones por lo que mis pies se congelaban. El nuevo colchón se me hacía demasiado duro. Lo importante es que ella descansaba. Hasta mucho, hasta muy bien, diría yo. Que ya no sufría, pese a seguir enferma, a pesar de su tinte gris y de que no pudiera permanecer de pie por mucho tiempo. A pesar de que tenía que ponerle un monitor en las mañanas y en las noches. Triunfal. ¿Cómo no? Estaba un poco deshecha, pero había ganado.

A pesar de todo, había una parte de esta nueva vida que sí me gustaba. Un buen rincón para escapar. Una piscina en el patio trasero. No era muy grande y se notaba que la habían construido al final, tratando de que encajara en el poco espacio que quedaba entre las macetas vacías y los adoquines. No era lujosa, no era bonita, de hecho. La primera vez que la vi todavía no la habían llenado. No importaba, ese pequeño rectángulo pintado de azul eléctrico me hizo sentir más feliz de lo que me había sentido en meses.

Cuando terminamos de comprar todos los muebles, colgar cosas en las paredes, decorar nuestro cuarto y el cuarto extra que habíamos transformado en un estudio y llenado la piscina, Silvia había logrado vivir tres meses más de lo que los doctores estimaban.

*Quiero ser el fantasma de las navidades pasadas, porque cuando tú estabas arriba, yo era alfombra.*

*Quiero ser el blanco más blanco, porque cuando yo era compromiso, tú eras prórroga.*

*Quiero ser el villano oculto al final de la película, porque cuando eras adulterio, yo era liturgia.*

*Quiero ser, porque cuando era amiga, tú eras traición.*

**Solo tú y yo,  
o renunciar al resto**

Veintitrés años, sin carrera, sin amigos, sin hobby. No permitía que mi madre nos visitara y algo me decía, por la manera en la que escondíamos nuestra infelicidad vía telefónica, que tampoco quería hacerlo. Las breves interacciones que mi madre había tenido con Silvia terminaban en pausas incómodas y sentimientos heridos. *Hay algo malo con esa chica. Es mi intuición, hay algo malo con ella.* Se había convencido de que tenía una especie de síndrome de Estocolmo que no podía ser resuelto con un discurso persuasivo. *Te succiona la vida,* me había dicho. *Sé que no crees en estas cosas, pero es un vampiro energético. Una especie de súcubo.* ¿Pero ella qué podía hacer? ¿Qué podía atreverse a soñar? *Te dejo, no vaya a ser que te escuche.*

*¿Ahora revisa tus llamadas telefónicas?*

No, pero ganas no le faltaban. Si Silvia pudiera transformarse en un insecto y pegarse en las paredes para vigilarme, lo haría sin darle muchas vueltas.

Por su parte, los Guardiola sí venían a visitarnos todos los fines de semana y llamaban a su hija tres veces al día. Ella contestaba a regañadientes, moviendo el pie con impaciencia. Aguantaba los monólogos tontos de su padre y la insistencia de su madre de que le reportara el dolor más mínimo y que enviara fotos de sus signos vitales cada cinco horas.

Noviembre, mi cumpleaños, diciembre, enero. Silvia se volvió a matricular en la Universidad y avanzó dos semestres más sin grandes contratiempos. Quizá se desmayó en una ocasión o tenía una arritmia ligera cuando estaba nerviosa. De pronto batallaba con temblores al tomar café por no regar el contenido de la taza. A veces, sospechaba que se le olvidaba que estaba enferma, como si el calvario en el que me había puesto el año pasado no hubiera sucedido. Febrero, el cumpleaños de Silvia, marzo, abril.

Me percaté de que, aunque Silvia insistía que seguía mortalmente enferma del corazón, todos los resultados que le mandábamos a su madre estaban en el rango de lo normal. De pronto subían o bajaban un poco, pero nada de lo que se esperaba de alguien con sus características. Nadando en la piscina, flotando mientras me daban los rayos de sol, me convencí a mí mismo de preguntarle a un par de amigos que ya habían egresado de Medicina. Les mandé una nota de voz y algunas de las fotos que había estado recolectando. *Hola, soy Tadeo. A los tiempos que sé de ustedes. ¿Cómo han estado? Les escribo porque necesito hacer una consulta.*

Me responden casi al mismo tiempo. *Yo no le veo nada malo.*

*Sí,* respondió el otro, *parece tener un pulso saludable.*

Es un golpe en la boca del estómago. Casi me hundo al leer el mensaje, tropezando con los azulejos húmedos. Le di el beneficio de la duda, no porque quería creer en las promesas de Silvia sino porque ya me había encariñado con la casa y el dinero. No, Silvia es capaz de muchas cosas, pero no de fingir una enfermedad. Quizá solo era una buena racha. Quizás los doctores se habían equivocado.

## 18.

### El anillo, o la metáfora

Un buen día, Silvia perdió el anillo de bodas y lloró por lo que parecieron semanas. Un chillido espantoso que me acompañaba al regar las plantas y ver televisión. Podía escucharla aún con los audífonos puestos. *Me da igual, te puedo comprar otro, juro que no me importa.* Ella siguió vaciando los cajones y revisando dentro de cada calcetín. Lo que la tenía así era su creencia en las metáforas y si perdía el anillo, entonces el universo le estaba diciendo que nuestra relación estaba maldita. Tan miope como era no se daba cuenta de que no necesitaba supersticiones para caer en lo obvio. *Pero el anillo es lo único de valor que me has dado.* Es la única prueba de que estamos juntos, aparte de un par de fotos en las que salgo con los ojos rojos del picor de las lágrimas.

Al final se le pasó. O bueno, nunca me lo dijo. De seguro debió haber estado furiosa conmigo por esos días, por no ver lo fatal a la pérdida del anillo, pero en comparación a los estruendos emocionales de ella yo era más bien indolente. De todas maneras, quise hacer una buena obra, así que recorrí todas las joyerías del centro en busca de un anillo igual, pero más barato. De pronto una imitación de perla en lugar de una real.

Encontré una baratija que costaba menos de cinco dólares, similar al anillo anterior. Cuando se la entregué, de su boca sale el peor de los sonidos:

*Te amo, Tadeo.*

Agua fría me salpica el rostro. Lo dijo sin previo aviso como quien tira una bomba. Ya me lo había dicho, después de la boda, justo antes de empacar, para terminar de teñir el día con su tristeza. Tan vocal, tan desagradable como si buscara darme un pellizco en la palma de la mano justo después de un apretón. Yo te amo, pero tú no. Buena suerte lidiando con tu consciencia.

*Por favor, no lo vuelvas a hacer.*

Yo...

Antes de decir algo más, le viene un ataque de tos. *¿Estás bien? Sí, nunca he estado mejor. Casi me abogo de lo feliz que estoy.* Contestó entre silbidos. Duró un poco. Duró un siglo.

En ninguna de mis redes sociales aparece que estoy casado, pero de pronto se me escapan pequeños retazos de ella, como su taza cuando le tomo foto a mi comida, sus perfumes cuando me tomaba fotos frente al espejo, un pedazo de su dedo al recortar una foto de los dos sentados frente a la piscina.

*¿Por qué nunca subes fotos de nosotros dos?*

*Ah, es porque soy una persona muy privada.*

Angélica volvió. Se animó a escribir después de subir una nueva foto a mi Instagram, cosa que no hacía hace meses. Era como si volviera a existir para ella al momento de toparse conmigo al revisar su teléfono. Cada vez que respondía un mensaje, me iba al pasillo o a la sala, con la paranoia de que Silvia me preguntara qué estaba haciendo.

*Tadeo, ¿Qué ha sido de ti? Hace siglos que no te veo por la facultad. ¿Qué problema puede ser tan grave para que el vicepresidente de la lista B se bote de la carrera?* Le mentí, más bien omití los detalles importantes. Nada de alianzas ni casas ni mujeres enfermizas que cuando tosen puedes escucharlas haciendo eco en tu sien. Le dije que mi mamá tenía problemas económicos tan grandes que no tenía otra opción que dejar todo atrás y ayudarla. Pero que no se desespere, que pronto estaría de vuelta.

Si yo no lastimaba a Silvia, ella encontraba una manera de lastimarse. Le tomó unas semanas unir los puntos, pero lo hizo. Nada que un estudio a conciencia de mis redes sociales no le hubiera dicho. Podía imaginarla en la Universidad, sentada con su teléfono en lugar de atender a sus clases, revisando cada comentario debajo de mis fotos para que le contaran una historia. Había muchas

mujeres que me escribían, muchas personas que reaccionaban a mis publicaciones: amigos que había arrastrado desde la primaria, pero la única constante y la única que aparecía comentando en todas era Angélica a la que incluso la había etiquetado en uno que otro post un poco, de manera sugestiva.

De seguro la investigó mejor que la policía. Podía imaginarla para mi horror hablando con su padre sobre el tema.

Ese día se quedó en casa, afirmando que sentía los latidos de su corazón irregulares. Que no había dormido durante la noche y tenía náuseas y las manos heladas. Que tenía escalofríos. De nuevo tendría que pasar el día entero pendiente de su salud, monitoreando, recordándole que tiene que tomar pastillas. En uno de los pequeños momentos que tenía de libertad y que iba a tomar mi teléfono para continuar la conversación con Angélica, estalló en llanto.

*Tadeo, me vas a matar si sigues hablando con esa mujer.*

*¿Qué mujer? Me atreví a decir.*

*Esa Angélica que quiere contigo.*

Dejé el teléfono encima de la mesa de noche y me senté al borde de la cama, junto a ella, tratando de calmarla. Tratando de evitar llamar ambulancias o, en el peor de los casos, que me bote de la casa.

*Angélica es una amiga. Ya puedes dejar de tener una crisis al respecto.*

*¿Tú crees que eso me calma? Silvia resopló al sentarse. Como si no supiera de tu tendencia de cogerte a tus amigas.*

*Solo hablamos.*

*Por el momento. Porque todavía no han podido salir. Es muy obvio lo que intentas hacer. Ni siquiera le has dicho que estás casado. No entiendo, ¿Que tiene esta Angélica que yo no?*

*Y bueno, ¿Qué más quieres de mí? Le grité. Porque todo lo que tienes ahora es todo lo que vas a tener. He sacrificado mi carrera para complacerte. He cedido ante los caprichos de tus padres. Apenas veo a mi familia. Lamento que no pueda amarte, pero he hecho todo lo que podía.*

Lo sabía. Se lo había dado a entender en varias ocasiones, pero es desagradable de escuchar. De la ira pasó a la tristeza, de la tristeza a una mezcla de ambas. Se quedó callada por un tiempo prudente, lo suficiente para suponer que la discusión estaba acabada, pero volvió.

*Te diré qué tiene Angélica que yo no, ella sí te deja salirte con la tuya. Ella y todas las chicas que vinieron antes de mí dejaron que las usaras y la desecharas. Lo hiciste tan bien, que ellas terminaban pensando que todo eso había sido su culpa. Pero conmigo se acabó. Conmigo no vas a poder. Y si yo soy infeliz, tú serás infeliz conmigo.*

No estoy orgulloso de lo siguiente que pasó, pero sentía la ira como un mar frío golpeando la parte de atrás de mis orejas. Abofeteé a Silvia y el impacto se pudo escuchar por toda la habitación. No quería hacerlo con fuerza. Solo quería desquitarme un poco. Escuché su chillido, quien se supone que estaba en medio de un ataque de arritmia. Sus orificios nasales se expandían y se contraían. Temblaba.

*¿Quieres matarme?* Preguntó ella escondiendo el rostro detrás de sus brazos.

Sí. No. A veces.

*Lo siento, lo siento mucho.* Me levanté de la cama y tomé mi teléfono. En la mejilla de Silvia todavía quedaba la marca rojiza de la palma de mi mano. *Pero todo lo que dices es una exageración. Tú misma te llenas la cabeza de ideas. Y por favor, no hables así de mis amigos. En especial de Angélica. Te lo ruego. Si tú tuvieras amigos, yo los respetaría.*

Estaba demasiado aturdida como para escucharme. Quise poner mi mano sobre su hombro, calmarla antes de que llegase a mayores, pero ella se apartó con brusquedad gritándome que no la toque.



Me deshice en disculpas y perdones toda la semana, compré las flores favoritas de Silvia e incluso mandé a imprimir una foto de nosotros dos para colgarla en la pared, la llevé a sus lugares favoritos e incluso fui un par de veces a su facultad a acompañarla durante sus horas vacías, pero ella siguió sin hablarme.

Lejos de sentirme relajado, esperé lo peor. Esperé que Silvia le contara a sus padres para que me dejaran de pagar las mensualidades. Esperé que Silvia se las arreglara para decirle a mis amigos o incluso a Angélica para que todos me vieran con repudio.

Pero por el momento, lo dejó ir. El silencio le llegó a abrumar tanto como a mí. El saberse sola en su propia casa la sacaba de quicio. El sábado por la mañana me vería tomando café frente al televisor y, sin ninguna introducción o disculpa, se sentaría en mi regazo.

Pasé las manos por su cabello, aliviado. Había perdido algo y lo había recuperado.

## 19.

### **Fidelidad, o las demás parejas**

*¿Por qué ya no me escribes? ¿Estás bien?*

Porque a veces tengo miedo de mí o de Silvia o de los dos. Yo que nunca le había levantado la mano a alguien, me encontraba respirando hondo y gritando en habitaciones vacías. Lo que sea para no golpearla otra vez. Silvia me temía y yo temía de su poder sobre mí. Una vez me enojé tanto con ella que le tiré un vaso de vidrio. La cicatriz quedaba aún translúcida en su hombro. Una mujer histérica que me hacía recurrir a medidas históricas. Era eso. Yo no había dejado de ser una buena persona, sino que había momentos precisos en los que Silvia me hacía perder la paciencia y mis manos cobraban vida propia.

Borré todas las redes sociales, pero aun así Angélica tenía mi número. Le puse todas las claves habidas y por haber a mi teléfono. Huellas digitales y fotos para ingresar. Ponía estados que solo Silvia podía ver y le afirmaba que los había compartido con todos mis contactos. Que ya no había persona que no supiera que estábamos juntos.

*Sí, estoy bien. Le contesté a Angélica. Solo que he estado ocupado. Jamás te dejaría de hablar, eres lo único que me alegra el día.*

Silvia se había puesto un poco más cruel después del incidente de la bofetada. La veía muchas veces observando con una sonrisa chueca, la misma que su padre hacía cuando me quitaba algo. Como si estuviera guardando la historia de la bofetada para un momento en que realmente lo necesitara, un momento en el que el infierno me cayera encima.

*Cuándo fue la última vez que viste a un doctor,* un día le pregunté sintiendo una presión en la boca del estómago. Silvia hizo una mueca de disgusto.

*¿De qué hablas? Mi madre siempre me ha estado llevando a doctores todo ese tiempo.*

*Pero nunca he ido contigo.*

*Te aburrirías en una cita médica conmigo.*

La miré con incredulidad.

*¿Qué acaso no recuerdas que yo solía estudiar medicina? Estaría lo opuesto a aburrido.*

*Supongo que tienes razón. Pero mi doctor es especial, no le gusta tener a muchas personas metidas en la habitación y mi mamá siempre exige entrar conmigo.*

*Oh, bueno.* Dije improvisando. Con el tiempo, mis sospechas crecían, no importaba que tan incómodo me pusiera pensar en el tema. Las conversaciones con Silvia me ponían peor porque no podía sacarle una respuesta concreta así la interrogue de mil maneras diferentes. *¿Y qué te parece quedar con unos amigos?*

*¿Amigos tuyos?*

*Sí, quiero que conozcas a un amigo que ya egresó de la facultad de medicina. Le he hablado mucho de ti y se muere de ganas de conocerte.*

Silvia sonrió porque al fin le estaba dando algo que me había pedido a gritos desde que estábamos juntos, el privilegio de pasearse en público tomada de mi brazo. El reconocimiento de que teníamos algo, por más resistencia que le pusiera a la relación. Así que no tenía más remedio que aceptar. Ese día tomé los exámenes que Silvia se había hecho y los puse en mi maleta vieja. *¿Para qué la maleta?* Silvia me preguntó al salir de la casa.

*Nada, son unas cosas de la Universidad que tengo que devolverle a Hugo.*

A Hugo y Carlos tuve que decirles que Silvia era una de esas chicas que se me habían pegado, pero que no teníamos nada serio. También les había dicho que tenía el presentimiento de que me estaba mintiendo y que necesitaba que la conocieran en persona por sí percataron de alguna cosas de su salud de la que yo no. Silvia encantada los saludó e hizo lo mejor por sacarles conversación, sin embargo, sus intentos gran parte del tiempo hacían que todos se sintieran un poco más incómodos.

Pero mis amigos son buenos con la gente, así que rápidamente disipan el ambiente embarazoso para contar nuestras mejores anécdotas de la Universidad, pero algo censuradas para que ella no se escandalice.

Al salir del almuerzo, le di a Hugo todos los exámenes que tengo en un sobre. *Voy a estudiarlos, él me indicó mientras Silvia esperaba en el taxi. Pero por todo lo que puedo ver, ella está perfecta. Es un poco rara, pero no está enferma.*

Cuando Silvia me habló de Raúl, yo no tenía más opciones que decir que sí, casi al contrario ella le diría a su papá que ya habrían más de tres ocasiones en las que la había golpeado. Quería lastimarme porque ya sabía que, no importa que tanto me esforzaba en ocultarlo, yo seguía hablando con Angélica y que ya nos habíamos visto un par de veces mientras ella estaba ocupada en sus clases. Si no fuera por eso jamás se le hubiera ocurrido abrir la relación. *Lo he invitado a quedar este domingo, quiero ver qué tal.*

*¿Y en qué casa? Porque aquí no lo quiero.*

*También es mi casa.*

Pensé que eran amenazas sin fundamento hasta que llegó el sábado. Ya a esas alturas había aprendido a despegarme de mi cuerpo y caminar por los oscuros pasillos de la casa como si fuera otra persona. Yo sentado en las cómodas butacas del cine mientras la mala fortuna le ocurría a alguien más. Observé a Silvia mientras se vestía y se ponía perfume. No me tientes con la libertad, Silvia. Incluso si ella llegaba a obsesionarse con alguien más y dejarme atrás como un juguete abandonado, sabía que no me olvidaría del todo. Que aún me quedaban cosas por cobrar. Se marchó y regresó dos horas después, con las mejillas rosadas y un nervioso acompañante que llevaba consigo una botella de vino. *Compramos la botella camino acá, él agregó.*

No le contesté, aunque agradeció el gesto. Nos presentamos. Raúl lucía tan tranquilo, una tranquilidad de la que me había desentendido hace años. Una tranquilidad que iba a perder si seguía juntándose con Silvia. No contenta con uno, había dado con una víctima más y nos había puesto uno al lado del otro como cuentas en un collar. Silvia rio, hace tiempo que no la escuchaba reír. Creo que me resulta peor que escucharla llorar. Raúl ríe con ella y no sé de qué hablan, pero me gusta pensar que yo soy el remate del chiste. Silvia conecta su teléfono en el parlante y pone Mr. Brightside de The Killers.

Silvia sirve con cuidado la botella de vino en tres copas. Mientras doy un sorbo y escucho la insoportable guitarra de la canción golpeándome los tímpanos contemplo la extraña escena de mi esposa coqueteando con otro hombre. Raúl lucía como todos los estudiantes de humanidades deberían lucir: barba de tres días, cabello hasta los hombros. Llevaba alguna camiseta de una oscura banda de rock debajo de una camisa de cuadros y le encontraba hablar de escritores que no conocía. Intentaba ser amable, seguir las conversaciones como quien sigue a un tren esperando que frene, pero a los diez minutos entendí que no tenían intenciones de incluirme. En medio de la conversación, le dije a Silvia que estaba cansado y que lo mejor sería que subiera. *Pobre de ti*, me dijo con la mirada mientras la melodía repetitiva de las estrofas cambiaba para un coro más fluido. Se empinó para darle un beso a su acompañante y ella en un desesperado intento de mantenerme en la habitación, puso una mano en mi rodilla. Náuseas, un remolino en medio del océano. Silvia en el centro de la habitación, desparramada en el sofá, divida entre dos hombres. La aparto de un manotazo y ella me mira con confusión. Cuando éramos amigos solía contarle de mis proezas sexuales. Le mostraba las fotos de las chicas que salían como una colección de medallas. Un destello de cada una a lo que ella comentaba algo sobre su ropa o falta de esta. *No me siento cómodo, por favor, detente*. Vuelvo a apartarla de mí. ¿No estabas demasiado enferma para esto? ¿No eres demasiado débil para esto? Raúl de seguro no sabía la historia clínica de Silvia. Lo sé porque este

tipo de historias se repiten. Raúl vacila un poco y se separa de ella para contemplarla mejor en la sala poco iluminada. *¿Todo está bien? Sí Tadeo solo necesita un poco de tiempo. Necesita ablandarse un poco más.* Se dirige hacia mí y hace la pantomima de comprenderme. *Tranquilo, tranquilo. No haremos nada que no quieras. Prometo no lastimarme. Tú sabes que jamás te lastimaría.* Esas palabras ya las había escuchado antes, dichas por mí, en mi antiguo cuarto con cortinas cerradas. Silvia ebria, tirada en la cama aún con los zapatos puestos se reía del todo. *Tadeo, ¿Cuál fue la primera impresión que te di?* Le dije que la fiesta, que tenía que detenerla de alguna manera para que no arruinara el cumpleaños de uno de mis amigos del colegio. *¿Y la segunda vez que me viste? Todo el mundo habla con todos en fiestas, para eso son. Hablo de la primera vez que hiciste la elección de pasar tiempo conmigo.* No recordaba.

*Es extraño, porque yo lo recuerdo como si fuera ayer. Supongo que la memoria funciona de maneras diferentes en cada uno.*

Esa sería la primera vez en la que sujetaría su cuerpo, antes de abrir el condón le pediría que confiara en mí, su amigo infalible. Aquel que nunca la lastimaría, que no había manera en la que termináramos en el hospital o viviendo en una pequeña casita tratándonos como si estuviéramos hechos de cascarones de huevo. Raúl enciende un porro y sigue hablando con Silvia como si fuera la criatura más fascinante que existe. Yo presté atención a mi teléfono, la mirada fija en el *en línea* debajo del nombre de Angélica. Silvia lo nota, pero en lugar de gritarme, se levanta y finge estar demasiado ebria para controlar bien su cuerpo por lo que tira mi teléfono estirando su brazo un poco más de lo necesario. Le da una calada al porro y me lo tiende a mí. Sus labios vuelven a encontrarse con los de Raúl como si yo fuera parte del decorado. *¿Segura? Segura.* Cierro los ojos. Al volverlos a abrir, él ya le está bajando la cremallera. En su espalda podías ver la pintura de

moretones que le había dejado la última semana surcando su espina dorsal y pasando por su cuello.

Yo hice eso. Mis manos lo hicieron. Él está horrorizado, pero ella intenta justificarlo. *No pasa nada.*

*Soy torpe y me caí boca arriba por las escaleras. ¿Puedes creerlo?*

*No tienes que vivir así, si tienes miedo...*

*Solo es una caída, Raúl, no seas dramático.*

*Creo que mejor me voy.*

Él se vuelve a vestir, huye de esta casa de los terrores jurando, guardar el secreto y no volverle a hablar. Silvia se queda inmóvil cubriéndose el pecho con su vestido y reprimiendo las lágrimas. Vuelvo a cerrar los ojos mientras siento sus pisadas dirigirse a mí, llorando se sienta a mi lado, en el silencio de nuestra casa y desabrocha mis jeans. Nuestros cuerpos hacían fricción como si fueran piezas desgastadas.

Mantuve los ojos cerrados todo el tiempo que me usaba.

Al día siguiente ella no dice nada al respecto. No porque se le haya olvidado, sino porque le avergüenza. Había intentado hacer panqueques como una ofrenda de paz, dejando atrás los doce que se le habían quemado antes. Me da los buenos días con una sonrisa y se lo digo: *Sabes, cuando nos casamos lo hice bajo la condición de que te murieras en un par de meses.*

La afirmación le toma de improviso, pero no puede más que suspirar con tristeza.

*Lo sé.*

*¿Entonces por qué no cumples con tu trato?*

*Luces tan bien que nadie puede notar las astillas de tu cuello. Te vendes tan bien que no hay manera de diluirte en alcohol.*

*No importa que tanto me desbaga, que me vuelva río, siempre te creerán a ti.*

*Solías ser la extensión de mi mano, estar en la acera y en la lluvia, ¿Qué nos pasó?*

*No importa, de todas maneras ya he venido a castigarte.*



20.

**Angélica,  
o la siguiente en línea.**

*Creo que me gustaría verte, pasar una tarde juntos. Le escribí a Angélica. Hace tiempo que no nos vemos.*

Han pasado dos días y todavía sentía que mis articulaciones están un poco congeladas. Aún me costaba mirar a Silvia a los ojos. Hubo un momento en mi vida en el que pensaba que lo sabía todo, pero allí estaba, intentando trazar un plan de escape para abandonarla sin perder mi propia casa. Cuando veía a Silvia podía ver lo peor de mí y no estaba cómodo con su presencia. Todo era su culpa. Ahora estamos atrapados en una casa de los horrores y ninguno se muere.

*Sí, claro. El viernes a las cuatro. ¿Te parece?* Angélica contesta después de media hora. Acepté, a las cuatro Silvia estaría recién tomando su primera clase de ese día. De seguro no llegaba a casa pasadas las diez. Un tercer semestre sin matricularme ya me estaba sentando bastante mal.

Ya no creía ninguna de sus enfermedades. Cualquier término médico sonaba absurdo en su boca, pero no podía confrontarla. Si la confrontaba sin prueba alguna, ella haría un recorrido de sus cicatrices y yo tendría que atenerme a las consecuencias.

*¿Somos amigos?*

*No lo sé. Mejor te lo preguntas tú.* Angélica respondió, sujetando su cerveza. *Gran parte del tiempo me coqueteas y luego me haces este tipo de preguntas.*

*Lo sé. Es normal...*

*Para ti es normal, pero hay muchos chicos que no coquetean con sus amigas.*

*Esos chicos no están interesados en mujeres.* Murmuré mientras me llevaba la comida a la boca.

*No, eso es mierda, Tadeo. A mí por ejemplo me preocupa hacer amigos. Poco me importa el género de estos. Es diferente si surge algo más con el tiempo. No tengo intenciones ocultas.*

*Pero, casi nos besamos en la fiesta de Miguel. ¿Cómo le llamas a eso?*

*Nos estábamos divirtiéndolo. Ella aclaró con una sonrisa mientras recogía sus cabellos rojos. Por eso te pregunto a ti, ¿somos amigos o no? Porque si te digo la verdad, no te me haces feo.*

*A mí me gustas. Admití. Me gustas tanto como para pagarte la comida.*

Angélica hizo una mueca.

*Pero no te veo aquí. ¿Sabes? No te veo presente. No te veo disponible. No quiero perder mi tiempo.*

*Tengo muchas cosas que hacer en lugar de rogarle a alguien que me de su atención. Así que sí, somos amigos. Solo amigos.*

*Sí, tienes razón. Te apoyo. Le dije. ¿Pero qué aburrido sería el mundo si sólo hiciéramos lo que nos resulta conveniente? Digo, está bien que no quieras tener una relación conmigo. Pero podemos ser amigos que hacen cosas.*

Angélica asintió.

*Supongo que sí. Hay una fiesta de la facultad más tarde. Será en la casa de Hugo. ¿Ubicas a Hugo? Le dije que sí con cierta emoción. Llevaba tiempo sin ir a una fiesta, cuando en su tiempo era mi escena. Bueno, qué te parece si vienes conmigo. Quizás nos podamos quedar a dormir. Hugo tiene un apartamento amplio.*

Y había una persona en casa esperándome. Pero yo no la estaba esperando. Acepté. ¿Qué no había de aceptar? Pasar la tarde en la casa de Angélica era aire fresco. Era la brisa del mar. Angélica con sus piernas en mi regazo mientras jugábamos videojuegos, todo tranquilo como si no hubiéramos tenido una conversación importante un par de horas atrás. Una comunión que es rota por las acusatorias llamadas de Silvia. El teléfono sonaba y yo temblaba.

*¿Vas a contestar?* Angélica preguntó, pausando el juego.

*No es importante.*

Apagué el teléfono. Dejé que Angélica me diera una razón para vivir al menos por la noche.

Saludamos a mis amigos. *Mira quién resurge de entre las sombras. ¡Tadeo! Pensé que estabas muerto.*

Y no me creeran que lo estuve o que aún lo estoy. Sonrió. Era la fiesta que no tuve porque los Guardiola me arrastraron de nuevo a su casa. Brindamos, y bailamos. Les prometí a mis amigos que el próximo semestre me verían con ellos, de seguro que sí, que ya estaba a punto de salir de cualquier agujero en el que me encontraba metido.

Al fin pude besar a Angélica, debajo de las luces verdes y rojas de la sala. Con una cerveza en la mano. Se sintió como debía sentirse, euforia. Mis amigos vitoreaban porque ya lo veían venir. *Se podía notar a millas que se gustaban.*

*¿Qué te parece si vamos al cuarto de Hugo? Yo sé que no nos interrumpirá.* Una Angélica mareada se ríe y asiente.

*A dónde me digas.*

Ella cayó en la cama, sus piernas en mis hombros. Mis manos sobre sus pechos. Acostarme con ella, con el caos de la fiesta de afuera, es un oasis para los sedientos. Es una canción de victoria. Pero lo más importante de todo, es que era una puñalada a Silvia a quien me la podía imaginar de piernas cruzadas en la sala, inventándose crisis solo para que me apiade de ella.

Al salir del cuarto, ya en el silencio de una casa donde la fiesta se había acabado, Hugo me tendió los exámenes y me susurró al oído: *Sí, esta mujer no tiene nada de enferma. Creo que ella está más sana que tú y yo.*

*El sueño era que te quedaras conmigo. Y sé que no me amas, pero al menos estás aquí.  
Estamos a mano, pero esto no me satisface. Luego quitarás algo de mí y el ciclo se repetirá. Y no quería  
darte cosas, no quitártelas. Quisiera tomar un cuchillo y hurgar entre mis órganos para ver dónde está  
la sustancia viscosa que te impide amarme.*

*Esto no es un poema,  
es un grito de auxilio.*

21.

**En el fondo de una piscina,  
o una casa acogedora**

Aunque no quería, tuve que regresar a casa el día siguiente. A las diez de la mañana y con algo de resaca me despedí de mis amigos y le prometía a Angélica que pronto nos volveríamos a ver. Regresé, porque no podía permitir que me quitaran mi casa o que Silvia vaya con su padre para contarle como no estaba cumpliendo con mi parte del trato para que rompa mi cuello como si fuera un palillo de dientes.

A cuerdas de la casa, recién prendí mi teléfono. No tardaría en ser inundado por llamadas perdidas y mensajes del señor Guardiola preguntando dónde estaba y cuándo volvería con un tinte amenazante. Él prometía buscar debajo de todas las piedras hasta encontrarme y molerme a golpes. Ni bien deslicé la llave contra la cerradura, el señor Guardiola me saltó encima.

*¿Cómo te atreves a dejarla sola y no contestar tu teléfono? Me gritó ¡Pudo haber muerto en tu ausencia!*

Pero no lo hizo. No había ni como negociar con él. Al ver que no contestaba, tomó el cuello de mi camisa y me empujó.

*Y bueno, ¿dónde está? Pregunté tratando de no estar muy afectado.*

*Se puso muy mal ayer, la encontramos tirada en el piso...*

*¿Dónde está?*

*No me grites, niño. Está en su cuarto. Luego masculló, pero en un timbre que dejaba en claro que quería que lo escuche. No puedo creerlo, con todo lo que te he dado.*

Subí al cuarto con la esperanza de que el padre de Silvia se me despegara, pero no lo hace. Sigue mis pasos como si quisiera pisarme los talones. Silvia fingía estar moribunda en su cama, con la mesa llena de calmantes y analgésicos y con un oxímetro en el dedo de la mano derecha. Todo me parece absurdo. *¿Dónde estabas?* Su padre, con los brazos cruzados parado al lado del marco de la puerta.

*Tadeo, por Dios, ¿Dónde estabas?*

*Tenemos que ir a un doctor. Propuse ¿Qué te dijeron ayer?*

Silvia, quien no había dado señales de enfermedad antes de que saliera de la casa, parecía confundida.

*Eso no es importante... Se entrometió el señor Guardiola, Lo importante es que...*

*No, sí lo es. Yo solía estudiar medicina, ¿lo recuerda? Necesito saber que tiene para poder seguir el tratamiento y todo eso.*

*Bueno, el señor Guardiola improvisa, ya sabes, su condición en el...*

*Quiero ir al doctor al que vieron ayer, porque tuvieron que ver un doctor.*

*Tadeo solo quiere distraernos, Silvia gruñó. No quiere explicar su ausencia.*

*Es eso, o es porque no quieres admitir que no fuiste a un doctor.*

*Tengo lo que siempre he tenido Tadeo. Tú lo sabes, estuviste conmigo en la playa ese día. No hagas preguntas absurdas.*

*¿Y si tienes algo en el corazón porque estás tomando calmantes?*

*Yo no sé cómo funciona esa cosa, yo solo tomo lo que me mandan.*

*Bien, entonces déjame hablar con tu doctor.*

*Tadeo, por favor, mira que está en cama. No le des disgustos. No preguntes cosas tontas.*

*No es ningún disgusto. Solo quiero hablar con el doctor. Deberías estar feliz de que me preocupe tanto por el bienestar de tu hija.*

Pero no me contestó nada, en su lugar se queda pálido examinando el cuarto. Tuve un mal presentimiento, como la idea fatalista de cuando estábamos dentro de la ambulancia, que las olas crecerían y se cernerían sobre nosotros.

*Tadeo solo quiere distraerte del hecho de que me ha estado engañando con una de sus amigas de la facultad y que cuando lo confronté, me abofeteó.*

*No te engañé. Mentí. Y si estamos con esas, ¿Por qué no le cuentas a tu padre acerca de Raúl?*

*Mejor me voy.* Dijo el padre de Silvia, no queriendo ver el rumbo al que la conversación estaba yendo. *Silvia, querida, me avisas como avanzas.*

Silvia asintió. Un poco asustada, ve como su padre desaparecía por el marco de la puerta y en silencio esperamos que baje cada uno de los escalones, sus pasos haciendo eco por toda la casa. Una vez que escuchamos la llave girando la cerradura, el aire volvió a nuestros pulmones.

*¿Raúl? ¿Es eso? ¿Quieres hablar sobre Raúl?*

*Quiero que vayamos a un doctor, Silvia. Eso o que mínimo me dejes llamarlo.*

*¿Para qué?* Ella se levantó de golpe de la cama. Gesticuló con las manos en el aire. *Ya te dijimos que estaba en Estados Unidos.*

*Me dijiste eso hacia casi un año. También me dijiste que los doctores te habían dado cinco meses.*

*Es porque aún me deseas la muerte, ¿no es así?* Silvia chilló. Me acerqué más a ella y dio un saltito hacia atrás, hasta golpearse con la cabecera de la cama. Ella repitió. *¿No es así?*

*Llama a tu doctor.*

Silvia empezó a llorar.

*Llama a tu doctor. No te lo estoy preguntando.* Las lágrimas continúan y yo alcancé a tomar su teléfono de su regazo. Se lo tendí. *Vamos, no me muevo hasta que marques su número.*

Silvia lo llamó. Su voz tembló al saludarlo, pero no alcanzó a hablar mucho porque yo tomé la llamada. El doctor del otro lado de la línea sonaba un poco agotado. Me presenté : *Hola, soy Tadeo.*

*El esposo de Silvia. Llamo para preguntar si vio a mi esposa ayer y si es así, que tenía. Silvia dijo que tenía que ir al baño. El doctor por su parte, corroboró no ha visto a Silvia hace un largo tiempo y que esta llamada le parece extraña.*

*La última vez que hablé con los papás de Silvia, terminé peleando con ellos. Ya les he dicho en varias ocasiones que Silvia está bien y que dejen de preocuparse, pero no parecen entenderlo. Siempre quieren segundas opiniones. Es una cosa inhumana. Crean enfermedades de la nada y su pobre hija les sigue la corriente. Como sea, te pediría que por favor, no vuelvas a llamar a este número. Ya no quiero tener nada que ver con esta situación.*

Corté la llamada telefónica para descubrir que Silvia se había encerrado en el baño. A gritos y a golpes le pedí que se digne a abrir la puerta, pero ella pretendía no escucharme. Entonces, di un suspiro hondo y me senté. *Voy a esperar a que abras la puerta y te dignes a explicar.* Ella abre la puerta en medio de sus lágrimas y su nariz enrojecida.

*Habla.* Gruño. Y pensé en lo que solía pensar en el peor de mis momentos. Que la deseaba muerta. Pero ahora, agotado y confundido como estaba pensé que yo también me quería morir también. Que ya no había manera de recuperarse de eso.

*Solo estoy harta de que la gente no pueda amarme. Pensé que si sentías lástima por mí, aquello se parecería demasiado al afecto. Me equivoqué. Y sé que mi mamá exagera. Está tan hambrienta por atención que no tiene problema alguno en sacrificar mi cuerpo. Pero cuando le conté lo de Salinas pensé que a lo mejor tenía algo de razón. Vi en sus ojos y lo entendí. A veces es necesario inventar enfermedades para que la gente te escuche. Y te quedaste conmigo, me escuchaste.*

No me quedé hacia el final, sino que salí corriendo al pasillo. Podía escuchar a Silvia llamarme a través del eco de nuestra casa. La sostuve. Ella esperaba un abrazo, un beso, alguna prueba de perdón, pero en su lugar sujeté su cuello con mis dos manos y apreté. Mientras forcejeaba para respirar, pateaba mi pierna mi pierna y mis manos pierden fuerza. Silvia cayó al suelo y salí



corriendo. Mi corazón retumbaba por todo mi cuerpo. Se me ocurrió que debía empezar con el quehacer de coger todas las pertenencias de la casa y tirarlas a la calle, sin importar el desdén de los vecinos, pero mis músculos estaban oxidados. Me llamaba *Tadeo, Tadeo, Tadeo* como una sirena de policía. La puerta del patio de atrás estaba abierta de par en par y pensé en la felicidad, en baldosas y cloro.

Salté a la piscina, con todo y zapatos puestos. Quería tocar fondo. Quería ahogarme. Quería finalizar cualquier infierno que estaba atravesando. Mi mano sujetaba a la otra detrás de mi espalda y me hice un ovillo. Aguanté el aire a la espera de que el agua se metiera por mis ojos, mis oídos, mis pulmones. Hasta que el mundo se volviera una luz blanca. Silvia, quien jamás me dejaría vivir mi última aventura en paz, entró y me rodeó con sus brazos mi abdomen para obligarme a ir hacia la superficie. El primer respiro es el más doloroso. Mis ojos se llenan de lágrimas.

*Me usaste*, le dije apenas puedo pronunciar palabras.

*No, no fue abuso. Fue un malentendido entre los dos.* Ella respondió en un tono conciliador, apartando el cabello de mi rostro.

El agua se ha vuelto una sensación agria que corta mi cuello a la mitad a la espera de hundirme.